

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año 1.—Núm. 2

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS:

Santiago de Chile, Mayo de 1909

DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso



CATEDRAL DE AMIENS

HECHOS Y NOTAS

EL ex-Presidente Don Cipriano Castro se ha encaminado á Venezuela y ha tenido que volver nuevamente á Europa. Había podido comprobar prácticamente la verdad del dicho francés: "Los ausentes nunca tienen razón". Apenas abandonaba su patria, hace algunos meses, cuando una revolución le derrocaba del poder mientras se hallaba en una clínica en Berlín. Si él se había curado de una enfermedad, en Europa, su patria se curaba de él. Las crónicas referían cosas extraordinarias de su dictadura; ateniéndonos á ellas, nos encontraríamos en presencia de un Tiberio americano. Exacciones, cupos de guerra, actos de violencia, crueldades inverosímiles, choques con diplomáticos y querellas con Francia, Estados Unidos y Holanda que bloqueaban sus costas con una escuadra, habían señalado su paso por el poder. Decíase que algunos de sus enemigos políticos, encerrados en la fortaleza de San Carlos, habían sido torturados y desaparecido para siempre. Un desgraciado se había vuelto loco de terror sobre el cadáver de uno de sus compañeros de cadena. Las mareas del lago Maracaibo hacían flotar los cuerpos desaparecidos de algunos presos.

Y mientras Castro, cubierta la cabeza con una gorra bordada en oro, consultaba celebridades berlinenses, el Vice-Presidente Gómez se adueñaba del poder, le destituía y tomaba prisionero al Ministro Torres-Cárdenas y al Coronel Castro, hermano del Dictador.

El nuevo Presidente organizó inmediatamente un Ministerio con los miembros de la antigua oposición, lo que no era difícil, pues todo el país se encontraba descontento.

El Banco de Venezuela, al mismo tiempo, anulaba las cartas de crédito concedidas al Dictador antes de su partida. Es de presumir que Don Cipriano Castro haya puesto en salvo, á lo menos, una parte de su fortuna personal que pasa de treinta millones.

En semejantes condiciones, bien hubiera podido realizar el ideal del Rey Alfonso XII: "ser monarca desterrado, en París, con dos millones de renta"... Pero Don Cipriano es un hombre inquieto y acaso desea iniciar una nueva guerra civil que le devuelva el mando. Cuenta con numerosas relaciones entre los soldados y jefes del Ejército.

Deseáramos que la gloriosa patria de Bolívar entrase alguna vez al régimen de la legalidad normal y se mantuviese en él. Solo así podrán hallar garantías los extranjeros y el comercio, como en la mayoría de las Repúblicas hispano-americanas. El progreso es incompatible con los gobiernos de opereta. Solamente la seriedad, las administraciones estables, el pago de las deudas y el cumplimiento de los compromisos permiten la importación de capitales europeos, tan indispensables para el desarrollo de los jóvenes estados de América, dotados por la naturaleza de riquezas tan abundantes.

En la República Argentina fueron rechazadas las proposiciones presentadas por el Uruguay acerca de la forma en que quería este país ver solucionada la cuestión de jurisdicción de las aguas del Plata.

Se afirma que el Uruguay desea que la Argentina le reconozca jurisdicción sobre la mitad del curso del Plata en toda la extensión de este río, que es, verdaderamente, un brazo de mar interior.

El Perú ha contratado ya definitivamente un gran empréstito de £ 400,000 después de madura deliberación entre el Ministro de Hacienda, Doctor Romero, y el Gerente del Banco del Perú y Londres, Señor Payan. Es este el tercero de varios empréstitos, de los cuales uno es de £ 600,000 y otro de £ 400,000.

Las finanzas de este país no andan bien y, sin embargo, persiste en hacer considerables gastos militares, entre otros la adquisición de valioso material de artillería, llevada á cabo por el coronel Clément, en Europa, y la visita hecha al Callao por uno de los jefes de la Casa de Wickers, importante empresa de construcciones navales.

Se dice que una parte del producido de los empréstitos será consagrada á la adquisición, por el Gobierno del Perú, de diques en el Callao.

El Presidente de la República de Chile, Excmo. Señor Don Pedro Montt, ha efectuado la visita á las provincias del Norte, deteniéndose especialmente en Antofagasta, Tarapacá, Tacna y Arica. La vasta región del salitre produce al país la parte más considerable de sus rentas públicas. Ahora se presentan problemas de diversa índole á la consideración de nuestro Gobierno, relacionados con la ruptura de la combinación salitrera ó *trust* que fijaba anualmente la producción de cada oficina, limitándola; con la baja del precio del salitre en Europa; con las facilidades de embarque y desembarque de mercaderías en esos puertos; con diversos asuntos de administración pública.

Al mismo tiempo, el Jefe del Estado, se encontrará en condiciones de apreciar personalmente, en Tacna y Arica, el estado de la opinión pública respecto de Chile y del Perú.

Según cablegramas recientemente llegados de Europa, se estudia actualmente, en Francia, el problema del *teléfono* sin hilos, habiéndose llevado á cabo ensayos que parecen favorables y decisivos.

En Inglaterra se han realizado últimamente los primeros pagos, con arreglo á la ley del año pasado, votada por el Parlamento con el objeto de conceder una pensión semanal de cinco chelines á todos los súbditos británicos que, de más de setenta años de edad, se hayan mantenido siempre fuera de las casas de trabajo público (*workhouses*), de las cárceles ó de los asilos de locos, y no poseyeran una entrada personal de £ 31 por año.

Medio millón de personas han recibido esta pensión en Inglaterra, Irlanda y Escocia.

EL COMBATE DE IQUIQUE

(21 DE MAYO DE 1879)

Relación de un guardia-marina

COPIAMOS á continuación la carta que el joven guardia-marina de la "Esmeralda", Don Vicente Zegers, escribió á su señor padre pocos días después del memorable combate, desde su cautiverio:

"Iquique, 28 de Mayo de 1879.—Señor Don José Zegers.—Valparaíso.—Querido papá:

No sé si esta carta pueda llegar á sus manos; sin embargo, confío en ello, y deseando que usted esté al cabo de lo realmente sucedido el 21 del presente, trataré de hacerle una descripción del desigual combate habido entre el blindado peruano "Huáscar" y nuestra débil pero gloriosa corbeta "Esmeralda". Es natural que no relate muchos de los incidentes de esta horrible tragedia: más, ello es natural, debido en parte al olvido y en parte á lo sensible que me es relatar escenas terribles que es necesario verlas para comprenderlas; sin embargo, trataré de ser lo más explícito posible, y espero que usted quedará satisfecho con mi relación.

Como le he dicho en mis cartas anteriores, con motivo de la salida de la escuadra quedamos como sostenedores del bloqueo el "Covadonga" y nosotros. Vivíamos tranquilos cumpliendo nuestro cometido y sin sospechar siquiera una sorpresa por parte del enemigo, cuando en la mañana del Miércoles 21 avisáramos por el norte dos buques, que resultaron con ser los blindados peruanos "Huáscar" é "Independencia". Inmediatamente que avisamos á nuestro querido comandante de la proximidad del enemigo, ordenó tocar generala con una calma digna de todo elogio.

Era natural que al ver nuestra gente la inmensa superioridad del enemigo hubiera desmayado y perdido el entusiasmo. Sin embargo, no sucedió así, y al oírse el toque de corneta todo el mundo corrió á sus puestos con la sonrisa en los labios, la esperanza en el corazón y con el placer que se experimenta al defender la patria querida.

Mientras esto sucedía á bordo, el "Covadonga" se alistaba en són de combate y se ponía en movimiento.

Casi al mismo tiempo nuestro comandante tocó el botón de la máquina para hacer nosotros lo mismo; más, aún no había dado dos vueltas la hélice, cuando una de nuestras calderas se rompió, quedando en consecuencia con una y con un andar de dos millas.

La situación no podía ser más difícil, más nadie parecía comprenderla, pues solo se veía en los semblantes el entusiasmo y el deseo de combatir. Eran las 8.40 y la "Covadonga" pasaba inmediato á nosotros, cuando el "Huáscar" hizo su primer disparo, el cual cayó exactamente entre la proa de aquel y la popa de nosotros. En aquel instante se sintió un unísono ¡viva á Chile! lanzado por las tripulaciones de ambos buques y poco después el comandante, poniéndose al habla con el capitán Condell, jefe de la "Covadonga", le ordenaba conservarse en fondo, manifestando así su plan que era interponerse entre los fuegos del enemigo y la población para que los proyectiles de aquel fueran á herir á ésta.

Apenas habían pasado algunos instantes cuando la "Covadonga" rasgó el aire con su primer disparo, el que fué saludado con un ¡hurrah!! general. En aquel momento, el combate era sostenido por nuestros buques y el "Huáscar". La "Independencia" avanzaba sin hacer todavía uso de sus cañones. Poco se demoró la "Esmeralda" en seguir el ejemplo de su compañera, pues una descarga hecha por la batería de estribor hizo conocer al enemigo que á bordo todos estaban resueltos á morir antes que rendirse. Vino á fortalecer el propósito de nuestros tripulantes la voz del comandante, que se expresó en estos términos:

"Muchachos: la contienda es desigual, pero ánimo y valor. Hasta el presente, ningún buque chileno ha arriado jamás su bandera; espero, pues, que no sea esta la ocasión de hacerlo. Por mi parte, yo os aseguro que mientras viva, tal cosa no sucederá, y después que yo falte, quedarán mis oficiales, que sabrán cumplir con su deber".

Al mismo tiempo se sacó la gorra y prorrumpió en un ¡Viva Chile! que fué varias veces repetido por nuestra gente llena de entusiasmo.

Sería necesario que usted se hubiera hallado antes en un caso semejante para comprender el entusiasmo que es capaz de despertar un viva á la patria lanzado por un jefe querido en aquellos supremos instantes. Le aseguro que á muchos les ví lágrimas en los ojos.

Serían cerca de las 9 cuando la "Independencia" empezó á

ayudar al "Huáscar" en su obra de esterminio. Los proyectiles llovían, pero á nadie herían, y un humo intenso cubría el lugar del combate. La "Covadonga", allegada siempre á la orilla, trataba de dar vueltas á la isla para pasar al otro lado y dividir así el combate entre buque y buque, lo que consiguió seguida de cerca por la "Independencia". Causaba no sé qué impresión ver aquel enorme blindado combatiendo con nuestras pequeñas cañoneras.

Combatían dos cañones de á 70 contra uno de á 300, ocho de 150 y 18 de á 70. Por nuestra parte seguimos batiéndonos con el "Huáscar", y mientras las balitas de nuestros pequeños cañones rebotaban al costado de éste sin dejar ni aún el rastro, los proyectiles que él nos lanzaba pasaban más ó menos cerca, perdiéndose inmediatos á la población. En aquellos instantes nos batíamos por defender la honra de nuestra nación y cumplir como buenos, más, nos hallábamos completamente seguros de que aquel combate entre fuerzas tan intensamente desiguales no podría terminar sino con el exterminio de nuestro querido y glorioso buque.

Nos habíamos acercado mucho á tierra y nos creíamos seguros de los espolonazos, cuando una lluvia de balas de cañones y rifles lanzadas de tierra nos hizo comprender que nos batíamos con dos enemigos: los blindados y el ejército, quienes nos tomaban entre dos fuegos.

La primera sangre que corrió fué causada por estos disparos: una de las granadas dió en el estómago de los sirvientes de un cañón, matándolos en el acto, y otra hirió

en un brazo á un muchacho, que al ver correr su sangre gritó: ¡Viva Chile! Pocos momentos después, casi á las dos horas del combate, el "Huáscar" nos acertaba su primer balazo, el cual, penetrando por babor, salió por estribor llevándole una pierna á uno, abriendo un agujero como de un metro cuadrado y declarando un pequeño incendio, que fué sofocado á tiempo por la gente destinada á ese objeto.

Como continuaron hostilizándonos desde tierra, hicimos sobre ellos cinco disparos de cañón, al mismo tiempo que los riferos hacían un fuego graneado sin interrupción, que era también contestado, causando bajas en nuestras gentes. Yo me hallaba próximo á la amurada de estribor junto con el teniente Uribe, cuando una granada dió en ella, abriéndola, lanzando lejos el cabriero é hiriendo á un sirviente del cañón en que yo estaba. En estos momentos se acercó á mí el teniente Serrano y me dijo: "Vamos á la cámara á tomar la última copa". Lo seguí, y allí, después de darme un abrazo, me dijo algunas palabras que indicaban lo resuelto que estaba para todo.

Subía por la escotilla á cubierta, impresionado con sus palabras, cuando encontré un mecánico que también me abrazó di-



ciéndome: "Señor Zegers, adios, ¡no hay que darse hasta el último!". Le aseguro, querido papá, que aquellas escenas eran de partir el alma á cualquiera. Me causaba no sé qué impresión ver la firmeza con que esperaban la muerte todos aquellos hombres que sin esperanza se batían para defender la patria, dejando algunos esposas y otros madres, completamente abandonadas. Le aseguro que mientras viva, nunca olvidaré las palabras de Serrano, una de las personas á quien debo más.

Cuando salí á la cubierta, el combate se encontraba en lo más recio. La "Esmeralda", para librarse de los fuegos de tierra, se había hecho un poco más al norte, lo que hacía que el "Huáscar" le disparara sin cesar, causando los más terribles estragos. No se veía ni atendía heridos porque solo se encontraban cuerpos mutilados sin señales de vida. Yo me dirigí á un cañón é hice varios disparos hasta que el cabo me dijo: "Señor, déme á mí la rabiza porque hasta aquí no he tirado casi nada". Se la di, me fui á otro cañón de popa que pronto quedó fuera de combate.

Me dirigí de nuevo á proa, y al pasar por el cañón que había ocupado antes, ví en la cubierta el cadáver mutilado del cabo que me había pedido la rabiza: una granada del "Huáscar" le había volado la cabeza y parte de los hombros, no dejando sino restos cauterizados que humeaban todavía. Seguí mi camino á proa, y allí encontré á mi compañero Riquelme que con un valor digno de todo elogio disparaba sin cesar. Me dió la mano y me dijo:—"Si la suerte nos es adversa á uno de los dos, espero que ambos sabremos cumplir como amigos y compañeros".

Agregó algunas otras palabras y continuó con su tarea después que yo le hube prometido cumplir lo que me pedía.

Subí al castillo, donde me refresqué con un poco de agua con coñac que tenía el teniente Uribe y en seguida me fui de nuevo á la popa, donde me ocupé en disparar con varios cañones.

Hasta aquel momento no había perecido ningún oficial, á todos los veía en sus puestos, hasta algunos oficiales mayores que, como el contador, se ocupaban en ayudar á animar la jente con su palabra. El señor comandante, con su acostumbrada calma, seguía dando órdenes, que eran inmediatamente cumplidas, excepto las que se referían á la máquina, pues ésta apenas se movía.

En su rostro no se veía sino la serenidad y el buen tino, junto con el deseo de morir con honra antes que rendirse.

Eran las 12, y parece que el enemigo se hallaba disgustado de nuestra resistencia, pues deseando concluir pronto, viró un poco y nos puso su proa perpendicular á nuestro costado, dando al mismo tiempo toda fuerza á su máquina, demostrando así su deseo de hacernos rendir ó partírnos en dos! Al ver esto la gente, en lugar de abandonar sus puestos y buscar su salvación, cargó inmediatamente la artillería y esperó en esta posición.

En este momento yo me hallaba á proa. El enemigo se encontraba ya cerca cuando se sintió una descarga terrible producida por nuestros cañones, que concentrados dispararon sobre el enemigo sin causar más que rasguños.

Al mismo tiempo los rifles de las cofas hacían sobre la cubierta un fuego graneado que no hacía gran daño, pues casi todo el mundo se ocultaba abajo.

Pocos minutos después, y á pesar de habernos movido lo que la máquina nos permitía, sentimos un choque horrible que el "Huáscar" daba á la "Esmeralda" en la parte de popa, á babor. Al mismo tiempo el comandante gritó: ¡Al abordaje muchachos! precipitándose él el primero sobre la cubierta del enemigo; más, desgraciadamente, la voz no fué oída, y el "Huáscar" mandó atrás.

Se desprendió inmediatamente, no alcanzando á pasar nadie más que él y el sargento de la guarnición, que era el que estaba más inmediato. Usted puede comprender cuál sería la situación de nuestro bravo comandante al verse acompañado de un solo soldado sobre la cubierta del "Huáscar". Los que lo vieron de cerca dicen que poniéndose pálido y demostrando en los ojos el fuego patrio que lo animaba, se adelantó seguro hacia la torre del comandante. ¡Dios sabe con que objeto! Más, desgracia-

damente, no pudo realizar su deseo, porque en aquel mismo instante recibió un balazo en la cabeza que lo dejó muerto sobre la cubierta. Mientras tanto, el sargento había recibido diez ó doce balazos, y sentado sobre una bita, se balanceaba profiriendo palabras entrecortadas. En esta posición fué como lo tomaron prisionero. Debo hacer constar aquí un hecho que nos causó en el entrepuente numerosas bajas. Al dar el "Huáscar" su espilonazo, disparó á boca de jarro los dos cañones de su torre, cuyos proyectiles fueron á penetrar en el entrepuente causando los más horribles estragos. Era cosa de partir el alma ver los restos humanos que por todas partes cubrían la cubierta de este departamento. Mientras el "Huáscar" se retiraba, nuestra jente acudía de nuevo á los cañones y rompía el fuego con más viveza que nunca. Sabíamos que nuestros proyectiles no debían causar daño al enemigo, más, nos consolaba el pensar que ellos eran suficiente para demostrar que la tripulación de la "Esmeralda" sabía defenderse hasta el último momento, salvando así ilesas las gloriosas tradiciones del buque que pisaba. Al ver el teniente

l.o, señor Uribe, que el comandante había faltado, se fué de proa á popa á ocupar su puesto y, mandando llamar al ingeniero l.o, le ordenó que tuviera las válvulas listas para echar el buque á pique tan pronto como se le ordenase. Venía yo de popa cuando encontré al teniente Serrano, quien me dijo: "Tengo que comunicarte una gran desgracia: ¡nuestro comandante ha muerto!". No sé realmente lo que pasó por mí al oír aquella noticia; pero ella me hizo comprender que era necesario perecer como él antes que arriar nuestro glorioso pabellón que orgulloso flameaba en el pico de mesana.

Comuniqué esta triste noticia á mi compañero Riquelme que fué el primero que encontré haciendo de cabo de un cañón, y fué tal su excitación al oírme, que, saltando del castillo á cubierta gritó: "Muchachos, nuestro comandante ha muerto! ¡Corramos, que es necesario vengarlo!" Al oír nuestra gente aquellas palabras, se conocía que palpitaba de entusiasmo á la sola idea de asaltar al abordaje sobre la cubierta del "Huáscar".

Serían las 12.30, y el enemigo, como á 300 metros, continuaba sus disparos sin interrupción, causándonos inmensas bajas con cada una de sus granadas. Usted comprende que á esa distancia era imposible errar tiros. Mientras tanto se alistaba para darnos la segunda embestida, y al mismo tiempo gobernábamos para evitarla, pero desgraciadamente el buque apenas se movía y el segundo choque tuvo lugar diez veces más terrible que el primero, disparándonos como en aquella las dos piezas de su torre. Al juntarse los dos buques, el teniente Serrano, revólver y espada en mano gritó: ¡Al abordaje! Y la gente se lanzó al castillo con ese objeto, más, el comandante Grau, que talvez preveía esto, hizo inmediatamente atrás; solo alcanzó á saltar Serrano acompañado de doce valientes más. Yo los ví cuando avanzaban por el castillo del "Huáscar", bajando en seguida á la cubierta y acercándose á la torre, al pie de la cual recibió el teniente Serrano un balazo que lo tendió en cubierta, alcanzando á decir á los que tenía al lado: "¡Yo muero; pero no hay que darse, muchachos!".

Los valientes trataron de cumplir con esta orden, pero ó fueron muertos á balas, ó quedaron sin cartuchos que poder disparar.

Ametralladoras situadas á popa barrían con todos. La "Esmeralda", que había recibido sin gran daño el primer espilonazo, sufrió inmensamente con el segundo, empezando á hacer agua por la proa, lo que hizo que se anegara la Santa Bárbara y apagara los fuegos de la máquina. Casi á un mismo tiempo subieron sobre cubierta el condestable y el ingeniero l.o, ambos á avisar al teniente l.o lo que pasaba en sus departamentos. Bajaba el 2, de la toldilla, á decir lo ocurrido, cuando vino una granada que lo hizo desaparecer.

Escenas como estas se repetían á cada momento, pasando desapercibidas á causa del estruendo de los cañonazos y del fuego que dominaba á la gente.

*defuns. P. Brulic, Antequita San
José mios mios muchos
memorias*

*A mis chiquitines mil besos
i tu mi dulce Pamela recibe
los votos aquectos que por nuestra
felicidad hago en todo momento*

*Se, mi querida, que el tiempo
para escribirme es escaso, no te
puedo pues que lo haga largo como
lo es indispensable para saber de la
salud de todos i de nuestros asuntos*

*Un abrazo de tu
Amparo*

A mamá i mil muchos besos

Como usted ve, el buque quedaba como una boya, sin gobierno y sin máquina y esperando por momentos hundirse con todos sus tripulantes; sin embargo de esto, el entusiasmo de los pocos que quedaban en cubierta no desaparecía, y tres ó cuatro cañones que aún tenían cartuchos seguían disparando para sostener hasta el último instante la enseña del poder naval del Pacífico.

El "Huáscar" no cesaba sus fuegos, y la dirección que tomaba nos hizo comprender que, aprovechándose de nuestra inmovilidad, no haría tardar mucho un tercer espolonazo.

En efecto, era la 1 y minutos cuando sentimos el tercer choque más terrible aún que el anterior, sintiendo al mismo tiempo las detonaciones producidas por los terribles cañones del enemigo, que esta vez produjeron estragos mucho mayores que los anteriores. Una granada penetró por estribor, debajo de la toldilla, mutilando horriblemente á unos y matando instantáneamente á otros. En aquel lugar se encontraban muchos muchachos de doce á catorce años, ayudantes de timonel, que quedaron vivos, pero horriblemente heridos, lanzando por este motivo alaridos capaces de enternecer al hombre de corazón más duro.

Un cabo de la guarnición llamado Reyes, que sabía tocar la corneta, al ver que el del buque había sucumbido, la tomó y siguió tocando ataque con una firmeza admirable, hasta que vino una granada que le voló la cabeza.

Si esto era terrible, querido papá, aún falta lo peor. Se hallaban en la sala de armas, listos para salir á cubierta, los ingenieros Mutilla, Manterola y Gutiérrez, que habían abandonado la máquina, por estar llena de agua, juntos con los mecánicos Torres y Jaramillo, el sangrador, el maestro de víveres, el despensero y dos carpinteros, cuando vino una granada que los destruyó á todos, no dejando vivo sino á Segura, que también estaba con ellos y que no sabe darse cuenta del modo como ha salvado.

Igual suerte corrieron diez infelices heridos que se hallaban acostados después de haber recibido la primera curación.

El buque se hundía rápidamente de proa; sin embargo, aún se oían algunos disparos que indicaban que todo el mundo permanecía en sus puestos. En aquellos supremos instantes estába-

mos casi todos los oficiales en la toldilla y decidimos esperar que el buque se sumergiera. Ya la proa desaparecía bajo las aguas, cuando se sintió un último tiro, al mismo tiempo que un ¡Viva Chile! lanzado por los pocos sobrevivientes, demostraba á los observadores de aquella horrible tragedia, el valor de que eran capaces los hijos de nuestra noble tierra.

Casi inmediatamente el buque se hundió con todas sus banderas: la de jefe al tope de mesana, la de guardia en el trinquete, el gallardete, el mayor y dos nacionales al pico de mesana, pues se había tomado la precaución de izar otra por si acaso faltaba la primera... Tal fué el fin de la gloriosa "Esmeralda", y hasta el último instante supo conservar sus honrosos antecedentes, prefiriendo sucumbir antes de arriar su pabellón.

Cuando el buque se hundió, yo estaba en la toldilla, y casi al mismo instante sentí hundirse el buque bajo mis piés, y el torbellino inmenso que formó al desaparecer bajo las aguas.

Permanecí por algunos instantes sin saber lo que me pasaba y Dios solo sabe cómo salvé. Cuando saqué la cabeza del agua, ví al "Huáscar" y una especie de nata formada por cincuenta ó sesenta cabezas junto con diferentes trozos de madera, restos del buque. Yo, como Ud. no lo ignora, sé nadar, traté deirme á tierra y junto con dos marineros, que sabía eran buenos nadadores, nos prometimos ayudarnos mutuamente.

Yo veía cerca el "Huáscar", y veía también sus botes, que trataban de salvar á los náufragos. Más, no sé qué instinto me obligaba á huir de ellos; pero el bote avanzaba con gran ligereza, y pronto sentí en mi cabeza la voz de un oficial que me decía subiera al bote. No teniendo otra cosa que hacer, subí y allí encontré á varios compañeros que ya habían sido recogidos.

Pregunté por Riquelme y tuve gran sentimiento al saber que había perecido. Recogimos á varios otros, y pronto llegamos á bordo, donde fuimos bien recibidos.

Allí permanecemos cuatro horas, viniéndonos en séguida á tierra, donde permanecemos como prisioneros de guerra. Nos trataban bien. Estábamos alojados en el cuartel de bomberos.

VICENTE ZEGERS R.

De Cristo á Judas

El modelo de Leonardo

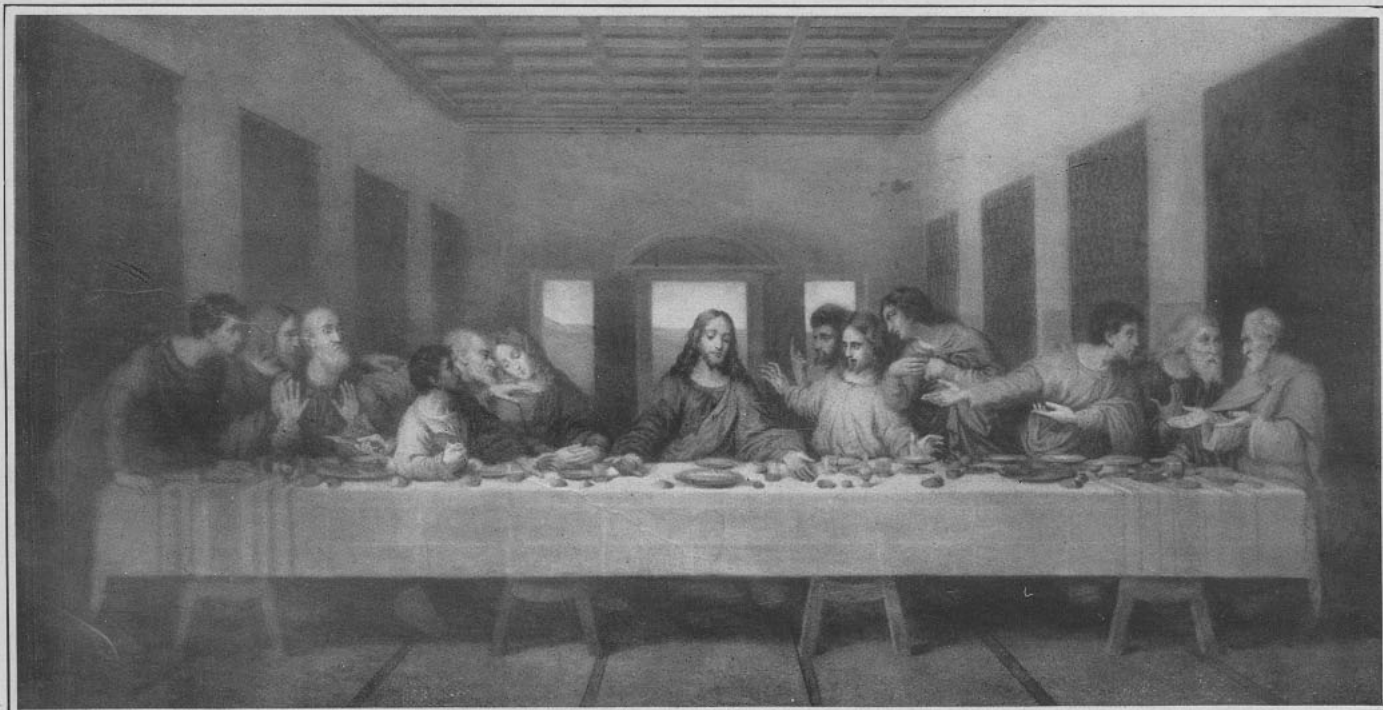
BAJO los auspicios del gobierno italiano, celoso y amante guardador de los tesoros artísticos que la humanidad posee en la península, se emprendió no ha mucho la obra delicadísima y casi sacrilega de poner la mano sobre la *Cena* que Leonardo da Vinci pintó en el refectorio de Santa María de las Gracias, en Milán, para restaurarla y defenderla de la labor destructora del tiempo.

Restaurar sin profanar es un difícil y misterioso arte que el genio italiano ha aprendido en los últimos años, y en el cual numerosos hombres de talento han adquirido prodigiosa y sutil

bara, habia hecho su obra ciega para oscurecer la luz de vida y el resplandor de genio que un día entraron allí á la evocación de Leonardo!

Pero el arte ha triunfado en un consorcio de la ciencia de nuestros días y de la apasionada y respetuosa admiración que los maestros de otro tiempo suscitan en las almas más refinadas.

La *Cena* restaurada apareció de nuevo no ha muchos meses á los ojos de los visitantes excépticos, que temían más á una mutilación súbita por mano de hombre, que á la triste, lenta é



experiencia, luchando para preservar á la admiración de las generaciones futuras los cuadros que se borran, los frescos que se desvanecen como visiones, los palacios que se desmigajan, las columnas que vacilan, los campaniles que amenazan doblarse y caer como flores cuyo tallo se ha marchitado.

La última restauración de la *Cena* de Leonardo parecía imposible. ¡Tantas veces en los siglos manos inhábiles habían intentado torpemente rehacer los colores moribundos y retener las figuras que parecían huir! ¡Tan largos años, en tristes períodos de abandono, la humedad había trepado por el muro del refectorio desierto, de donde los frailes fueron expulsados! ¡Tanto polvo de incuria, de desconocimiento, de ignorancia bár-

irreparable mordedura del tiempo roedor; y apareció más hermosa y más fresca, porque el restaurador, más que á rehacer lo que nadie puede hallar de nuevo á menos que el alma de Leonardo se encarne otra vez, se esforzó en limpiar, en arrancar suave y sabiamente las costras de agena pintura y de polvo sucio de insolentes retocadores, para descubrir lo que aún queda de la obra estupenda del hijo de Vinci.

Otra vez podrán ir los peregrinos de todo el orbe á sentarse delante de La *Cena* á la fuerte luz cenicienta de las mañanas de Milán, oyendo las descripciones mecánicas de los guías, ó leyendo las palabras entusiastas como estrofas de un himno con que Goethe saludó esta obra maestra de composición, de dibujo y de

expresiones de todos los afectos humanos, desde la dulce y honda melancolía de Jesús, hasta la sórdida maldad de Judas, desde la ternura infinita del discípulo amado, hasta la irritada y cólerica lealtad de Pedro.

No es ya la decoración luminosa y perfecta que los monges de Santa María de las Gracias vieron aparecer poco a poco, á manera de un sueño de belleza, sobre el fondo de su desnudo refectorio, ni siquiera la que Rafael Morghen alcanzó á fijar en su grabado; pero es más que el muro de hace pocos años donde ya no bastaba la imaginación del amante del arte para evocar las figuras desvanecidas y manchadas. Es el cadáver embalsamado que aún preserva las líneas de una belleza ideal y deja adivinar su perfección de otros tiempos.

Y allí, delante de este esfuerzo de ciencia y arte que un italiano acaba de hacer en el siglo XX para defender su herencia del siglo XV, los viajeros se repetirán unos á otros la historia del gran cuadro, y querrán encontrar en el rostro luminoso del Cristo y en el sombrío perfil del traidor la confirmación de la leyenda del modelo de Leonardo que ahora acude á nuestra memoria. (1).

Cuando desencantado de Florencia, donde no le parecía posible competir con la vigorosa escuela toscana, llegó Leonardo á Milán, los Sforza habían atraído á la ciudad guerrera é industrial, en torno de su Duomo y de su palacio almenado y defendido por fosas, á más de un artifice de la península.

Sea que Ludovico el Moro comprendiera su genio, sea que el maestro se contentara con muy poco en su vida frugal, sencilla y retraída, ello es que en Milán se estableció Leonardo en los días en que su vigor alcanzaba la plenitud, cuando había pasado apenas los treinta y cinco años y en su cabeza pugnaban por salir á la luz geniales creaciones que su exquisita conciencia de artista retenía allí dentro, temeroso siempre de que aún no pudiera realizarlas una mano empeñada en vencer la técnica del duro oficio con arte y con ciencia.

Poeta, pintor, músico, escultor, matemático, astrónomo, Leonardo de Vinci era uno de aquellos espíritus enciclopédicos que en horas de florecimiento prodigioso brotaron como productos de una humanidad superior en la península itálica.

Los frailes de Santa María de las Gracias hicieron buena amistad con aquel humanista que á menudo departía serenamente con ellos en las galerías del claustro y les hablaba de cosas del cielo y de la tierra. Y un día le encargaron que pintara sobre el muro del refectorio la última cena de Jesús y sus discípulos, el pasaje solemne é inescrutable de la vida del maestro en el cual halló la teología sus más sublimes revelaciones y las almas enamoradas de lo bello y lo bueno su más noble enseñanza de amor y desencanto.

Púsose Leonardo á la tarea con aquella escrupulosa y paciente lentitud de sabio que consagraba á cada una de sus obras, desconfiando siempre, siempre descontento, perpetuamente convencido de que la visión interna de su alma no vendría jamás á fijarse dócilmente sobre la tela ó el muro, por más que la llamara angustiada y ansiosa su ambición de artista.

Los meses y los meses transcurrieron y los monges se asomaban á hurtadillas, alzando las cortinas que ocultaban el tablado en que Leonardo pintaba, para ver sólo las líneas fundamentales y casi incomprensibles de las tres ventanas del fondo, de la larga mesa y de las cabezas que se amontonaban hacia uno y otro lado apenas esbozadas. En el centro había un espacio blanco que aguardaba la figura del Redentor.

Leonardo soñaba su Cristo, bello cuanto puede serlo un hombre, puro, inocente, con la magestad de la idea redentora impresa en sus facciones, con el infinito amor bañándolas como una aureola, con la inmortal melancolía del dolor de los pecados humanos velándolas suavemente sin turbar su profunda, inalterable paz.

Estaba un día en un rincón del templo mirando la procesión que pasaba por las naves entre nubes de incienso y amarillento resplandor de cirios, cuando sus ojos se fijaron en un joven revestido del traje talar y que marchaba delante de los sacerdotes mezclado á los otros cantores del coro.

Era una cabeza invidiablemente bella sobre un cuerpo elegante y de armoniosas proporciones. Sus rasgos finos y nobles, su nariz de líneas purísimas, los ojos profundos y misteriosos, la boca que parecía no manchada aún por la falsía, el óvalo exquisito de la cara, la larga cabellera castaña que caía hasta los hombros, todo daba á la cabeza de aquel joven una espiritualidad singular y única que parecía desprenderlo del vulgar concurso que lo rodeaba.

Poco después, Leonardo hacía llamar al joven del coro y le pedía que se sentara delante de él en el refectorio para esbozar sobre un cartón el primer contorno de la cabeza del Cristo.

—¿Cómo te llamas?—preguntaba el artista, mientras sus miradas iban de la noble cabeza del mancebo al cartón donde intentaba copiarla.

—Me llamo Giacomino.

—¿Eres milanés?

—No, messire, vine de la montaña á ganar la vida en la ciudad.

—¿Qué hacías antes?

—Era leñador como mi padre.

—¿Quién te enseñó el canto?

—Nadie, messire; en la montaña desde niño cantaba para oír el eco.

Y la cabeza del Cristo fué naciendo un día y otro, hecha y rehecha veinte veces, en una labor ardiente y sabia, en una concentración profunda de todas las facultades del grande artista que al fin... ¡al fin! había hallado en la naturaleza algo como un trasunto de su visión interna.

Los frailes atónitos contemplaron un día en el centro del muro, viva y verdadera, la imagen del Cristo, del Maestro que inclinando la cabeza sobre el pecho en un movimiento de infinita melancolía y de resignación amorosa, con las manos extendidas en un gesto que traducían todos los crueles é irreparables misterios, todas las amarguras necesarias, todas las mortales angustias que ni aún los ángeles podrían consolar, decía á los discípulos:

—En verdad, en verdad os digo, uno de vosotros me hará traición.

✱ ✱

Años trascurrieron y para desesperación de los religiosos de Santa María de las Gracias, Leonardo no terminaba la Cena del refectorio. Faltaban aún varias de las figuras, delineadas solamente con un carbón, y los visitantes que acudían á mirar el prodigioso Cristo lamentaban lo que creían pereza del maestro.

Leonardo, en tanto, se abstraía en especulaciones filosóficas y pugnaba por descifrar el enigma del universo y se pasaba las claras noches del estío siguiendo el curso de las estrellas ó observando la luz cenicienta que completa el disco de la luna creciente, y sobre la cual iba pronto á formular una hipótesis aceptada hasta hoy por la ciencia.

El prior de Santa María se atrevió por fin á preguntar al maestro cuándo terminaría la Cena empezada diez años antes. Parecía al fraile que á un hombre como Leonardo había de bastarle una simple determinación de la voluntad para que acudieran al muro las figuras todavía ausentes.

—Busco á Judas—contestó Leonardo, y señalando el cuadro agregó: —allí junto á la ternura de Juan y la cólera de Pedro, allí veo al traidor que vendió al Maestro... lo veo dentro de mí, pero no hallo el modelo. Acaso no existe. Tal vez la naturaleza del hombre, redimida por Cristo, no ha vuelto á producir al traidor que yo imagino.

Hasta que un día del año de 1498, los frailes se comunicaron la nueva de que Messire Leonardo había hallado el modelo de su Judas y trabajaba de nuevo ardorosamente tras de las cortinas que lo defendían de la indiscreción y de la curiosidad importuna.

Lo había hallado una tarde entre los mendigos y vagabundos que merodeaban al otro lado de las fosas del castillo Sforzesco. Era un hombre joven, pero que llevaba en toda su figura las huellas de una vida disipada. Los ojos hundidos en las órbitas, grandes y profundos, tenían fulgores de sensualidad, las mejillas enflaquecidas por forzados ayunos mostraban cicatrices de las riñas y daban relieve á la nariz fuerte, y destacada con insolencia bajo una frente prematuramente surcada de arrugas y coronada por una cabellera corta y revuelta. La boca de labios delgados aparecía como un arco pronto á lanzar un insulto ó una mentira por entre la barba hirsuta y descuidada. Era un tipo repulsivo con los estigmas de la embriaguez, de la orgía y del crimen.

Modificándolo y perfeccionándolo hasta ponerlo de acuerdo con su ideal, Leonardo dibujó una y otra vez su Judas con aquel modelo al cual apenas dirigía la palabra, seguro de que nada que no fuera bajo y sucio podía oír de ese harapo humano, ese pobre sér envilecido. El modelo se quedaba horas enteras en su sitio, sombrío y paciente, contemplando desde el fondo de sus ojos turbios la imagen radiosa del Cristo que despedía luz propia en el centro del cuadro.

—He terminado—dijo un día Leonardo, levantándose para mirar á la distancia su boceto del Judas.

—¿Puedo retirarme, messire?—preguntó el modelo con su voz ronca y desapacible.

—Sí, y ya no tienes que volver—le replicó el artista alargándole una bolsa.

El modelo de Judas sacudió la bolsa y dijo con una sonrisa canallesca:

—Messire Leonardo paga mejor á Judas que al Divino Maestro. Cuando le serví de modelo para el rostro de Nuestro Señor que allí está, apenas me dió la mitad de esta suma.

Lanzó el pintor una exclamación, y acercándose al modelo y mirándolo con intensidad de águila, le dijo:

—¿Giacomino!... ¿eres tú Giacomino el cantor?... ¿es posible?... ¡No! me engañas, bellaco!

—No, maestro, no os engaño. Soy Giacomino el cantor de Santa María... es decir, yo fui ese joven y aquí estuve sentado cuando dibujabais el rostro de Cristo.

—Pero, ¿cómo has caído, desventurado, de tu ideal belleza inocente á tu miseria de hoy?

—Ah, messire—dijo amargamente el modelo de Judas—se vive, se extravía el camino, se cae, se sufre y se vá siempre hacia abajo!

—¿En diez años!

—He vivido un siglo—dijo el modelo retirándose, y todavía desde la puerta dirigió una última mirada de través al Cristo melancólico que bajaba los ojos y ofrecía sus manos inocentes á los clavos de la pasión.

Y Leonardo paseaba sus ojos asombrados de la pintura del Cristo al dibujo del Judas y buscaba el puente que pudiera salvar aquel abismo de degradación.

C. S. V.

(1) Esta leyenda no la hemos inventado. Solo nos pertenecen la forma y desarrollo.

CORAZON DE MARINO



LA aldea se encontraba dormida. Ni siquiera una luz brillaba en tierra. Sobre el mar, á lo lejos, la claridad del faro; en el puerto, los fuegos de los navíos anclados en la rada, y en el agua tranquila se bañaba un cielo hormigueante de estrellas. Nos hallábamos en Julio.

—¿Dónde está su bergantín?

—Es aquel más próximo á nosotros. Es buque de primera. Vámonos á bordo. Quiero contarle aquello, porque el hablar alivia.

Iba á silbar, señal convenida para que le enviaran su falúa; le detuve.

—Puesto que debo yo volver á tierra, capitán, más vale que cojamos mi bote.

Saltamos á la embarcación indicada; cada uno de nosotros empuñó su remo. Cinco minutos después estábamos á bordo del Meyfret.

El equipaje se había acostado. Era el rayar de la media noche. Amarramos el botecillo á popa, con el objeto de guarecerlo de un ligero "mistral".

A la claridad del fanal colgante, el capitán colocó dos vasos sobre el puente, echó aguardiente en ellos y nos sentamos sobre los cordeles de la proa, prefiriendo el pleno cielo de verano al abrigo del camarote.

—Hé aquí lo que tengo que decirle... Ella era cosechadora de siempre-vivas y muy entendiada en fabricar ramos y coronas. Se llamaba Meyfretta, y hace de esto cerca de veinticinco años, cuando yo tenía diez y seis y ella quince á lo sumo.

"Habíala conocido en la cosecha de siempre-vivas, en la cual yo mismo había trabajado varias veces, en un campo perteneciente á mi abuelo".

"Meyfretta era rubia. Tenía frente muy amplia y muy lisa sobre la cual sus ondas de cabellos relucían al sol; y en cuanto al resio de su rostro, no tenía otra cosa que la más llena belleza de juventud que sea dable imaginar. Muchos jóvenes ya pensaban en ella. Tenía también, como cosa suya, el no querer vestirse como señorita

del pueblo, como lo hacían por aquel tiempo nuestras aldeanas. En vez de los trajes de primera, y de los sombreros cargados de pájaros con los cuales otras creían embellecerse, llevaba sencillamente el vestido de algodón listado de azul con blanco, y la chaquetilla de percal con flores de nuestras abuelas. Un sombrero para el sol, y nada más que los cabellos de sombra. Y cuando llegábamos á cobijarnos bajo la enramada, echaba atrás, con brusco movimiento de cabeza, su gran sombrero de paja que, entonces, le colgaba de la espalda, atado con cintas".

"Era, como lo dije, una buenísima chiquilla..."

"La emé".

"Esa palabra lo dice todo, porque no hay nada de novela en lo que le cuento. La amé. ¿Cómo decirse mejor para expresarse bien? Pensaba en ella noche y día. Ya no comía para meditar. Enflaquecí, no trabajaba, ni tampoco me divertía, ni jugaba al palitroque, ni andaba por los cafés, ni en paseos, ni de caza con mis tíos".

"Le escribía cartas durante el día entero, y por supuesto, no se las enviaba nunca; las quemaba cuidadosamente después de habérselas escrito con gran trabajo. A veces, me aprendía una ó dos de memoria, porque encontraba que tenían palabras hechas para expresarme; pero no se las recitaba nunca".



"En cuanto á ella, se sonreía de lejos, con solo verme... Pero á quién no sonreía... Una criatura... Y tan feliz entonces, con su padre, hábil obrero de tonelería que ganaba mucho, en aquel buen tiempo para las viñas y los toneles; y era feliz con su madre, una tan buena mujer!".

"Y reía, pues, gritándome de lejos, apenas me divisaba: "¡Buenos días, Justino!" cuantas veces me divisaba.

"¡Imbécil! me ponía colorado y apenas si respondía... ¿No es cosa de tonto? insistió el capitán, mirándome fijamente. Y Ud. no me creería si le dijera que yo, tal como Ud. me vé, pasados ya los cuarenta, con barba hasta por los ojos, se lo

juro, soy más tímido que una muchacha... tímido como un pájaro! Créalo Ud. ó no, la cosa es así... es cosa de sentir vergüenza... Un corredor de mares... un pirata... ¡Vaya si debo de ser tonto!..."

"En suma. Nunca acerté á decirle otra cosa que:

"—¡Buenos días, Meyfretta!

"O

"—¿Cómo está Ud., señorita Meyfretta?

"Nó, nunca nada más. Sin duda porque no pensaba sino en besarla, y eso me ponía tonto..."

"Esto no es cuento, agregó el capitán, como hablando consigo mismo, pero ni siquiera sé por qué me meto á contárselo. No hay más que decir sino que me moría

de ganas de besarla y que no me atrevía; no lo podía. Si algo poderoso me empujaba, algo más poderoso aún me retenía. Nunca he sabido qué cosa era. Una vergüenza de mil demonios. Para ella, más tenía el aire de un perezoso que duerme que de un enamorado que sueña".

"Bueno. Cierta día, miré, mientras varios jugábamos, ella y yo nos habíamos escondido en un granero donde guardaban siempre-vivas. Otra muchacha la buscaba. Yo la dije: "Meyfretta, ¿encerrémonos con llave?"

"Fué Meyfretta quien cerró; pero como yo había puesto la mano sobre la llave al mismo tiempo que ella, sucedió que mi mano, colocada sobre la suya, cerró á un tiempo. Había ejecutado, sin quererlo, una empresa difícil. Yo no me apartaba, ni ella tampoco. Dejé mi mano sobre la mano de Meyfretta. Y nos quedamos ahí, en tanto que la muchacha trataba de abrir por fuera, el uno junto al otro, con las cabezas muy cerca, mi mano sin atreverse á estrechar la suya. Sus cabellos rubios, desmadejados, rozaban los míos por instantes. Algo me repetía:

"—¡Bésala, pues!..."

"Me incliné un poco; más, me parecía que al abrazarla iba á derumbarse el techo sobre mi cabeza. ¡Y si no hubiera sido más

que eso! Pero hubiera retirado su mano... Y no la besé..."

"Pero la situación se hacía embarazosa y yo no sabía cómo salir del paso. Busqué algo que decir y no hallé nada. Al fin dirigí una mirada á las flores que colgaban del techo, despidiendo un fuerte olor, y dije:

"—¡Cuántas siempre-vivas hay este año, Meyfretta!"

"Entonces abrí la puerta y Meyfretta voló, riéndose, como un pajarito que canta".

"Entonces llegó mi tío, el capitán de buque. Mi padre se quejó de mi pereza".

"—¿Y si me lo llevara? dijo el tío.

"—Llévatelo, dijo mi padre que tenía

á su hermano por bueno como el pan y capaz de hacerme feliz".

"Mi tío me llevó aparte".

"—¿Qué tienes, niño?"

"Tantas vueltas me dió que al fin hube de confesarle mi amor por Meyfretta y mi deseo de besarla siquiera una vez, lo que me daría la vida y la afición al trabajo".

"Mi tío se rió mucho y me dijo:

"—¿Con que eso era lo que te apenaba, tontuelo? Escucha. Nunca te llevaré contra tu voluntad. Si un beso debe curarte, cúrate, y siembra siempre-vivas eternamente. Pero si debes morirte de amor, ven á dar la vuelta al mundo conmigo. Eso te hará bien".

"Declaré por supuesto, que no partiría... ¡Si no viera á Meyfretta, por Dios, que sería de mí!"

"—Al fin, muchacho, ¿lo harás hoy? me decía el tío diariamente. Pues no es tan difícil abrazar una muchacha hermosa... Con un brazo alrededor del talle, los labios en la mejilla y clac..."

"Se reía, se reía el tío..."

"—Ud. habla así porque es viejo, le respondía, pero yo no me atrevo á hacerlo".

"Un día, mi tío me anunció su viaje para dos días más tarde.

"—Partiré sin haberte visto portarte como hombre..."

"—Tío, le repliqué, mirándole con aire satisfecho. Me parece que encontré manera de besar á Meyfretta".

"—Veamos el medio"

"—Le haremos creer á toda la gente que Ud. me lleva.

Todos los parientes y todos los amigos vendrán á decirnos adiós á la casa. Abrazaré á todo el mundo, á los viejos y también á los jóvenes, como Ud. comprende".

"Aceptó con aire grave y me propuso anunciar á mi madre la partida. Salté de júbilo. Abracé á mi tío para comenzar, y representamos la comedia de la partida. Mi madre, llorando, me arregló el atado".

"Al siguiente día, como era natural, nuestros parientes y amigos vinieron á decirnos adiós. Se bebió un vaso de vino y comenzaron los abrazos. Meyfretta se encontraba ahí.

"Abracé á las viejas, á las niñas, abracé á los hombres, mirándola siempre á

ella con el rabillo del ojo. Estaba en el fondo, la última. Y cuando me acerqué á ella, colorado pero resuelto,—¡Dios mío!—retrocedió un paso y dijo:

"—¡Oh! nó!

"Explicar lo que pasó entonces por mí sería imposible. De golpe quedé petrificado como un mármol y tan frío que abracé á mi madre sin llorar. Todas las cosas que miraba las veía como por primera vez. Tenían otro aspecto. Y salí del brazo de mi tío, sin volverme".

"Cuando estuvimos á bordo:

"—Vaya, me dijo, que eres tonto... y ahora, muchacho, concluída la comedia, véte á tierra".

"Miré al muelle, desde el cual nos saludaban todos; ví á mi madre y tuve ganas de quedarme; pero ví á Meyfretta y mi corazón se endureció.

"—Tío, ya están hechos los adioses, que

Nos habíamos levantado... .."

"Meyfretta se casó dos años más tarde, antes de mi vuelta".

"Volvía más desenvuelto y más ó menos consolado cuando le conté la historia alegremente".

"—Pero que diablos, Meyfretta, ¿por qué negarme un beso el día de la partida?

"Ella palideció, la pobre.

"—Era que te quería demasiado, dijo. Pero olvidémoslo, mi pobre Justino. Eso se me ha escapado como un grito... Y ahora, adiós para siempre..."

"Y yo, que me creía curado, al oír esta palabra, me enamoré de nuevo, como un loco, y de nuevo partí para dar la vuelta al mundo, dos, tres, cuatro, cinco veces, y esta es la quinta... Y ahora, hace ocho días que Meyfretta ha muerto..."

Se echó á llorar como niño, limpiándose los ojos con un pañuelo de yerba".

"Busqué palabras de consuelo pero me salieron torpes, no encontraba otras. Hablé del porvenir. Todo pasa. Era joven todavía. Algún día podría casarse con una muchacha en plena juventud, que fuera hermosa.

Por única respuesta, el capitán sacó del bolsillo una cigarrera de paja, bordada, recuerdo de exportación de un país lejano y la abrió lentamente. Solo contenía una ramita de siempre-viva.

"—Ella me la dió al morir..."

Y la besó, cerró la cigarrera, y la puso sobre su corazón.

—¡Adiós! me dijo bruscamente.

Y agregé:

"—Siempre es duro separarse de la madre anciana..."

En seguida se agachó, cogió los dos vasos que no habíamos tocado y brindó deseando: "Larga Vida..." y en tanto que yo colocaba el vaso, después de haber bebido, sobre el puente, él, por impulso instintivo, tiraba el suyo al mar, con movimiento arreglado á sus ideas pero instintivo. Seis meses después, los diarios daban como perdido el bergantín Meyfret.

¡Pobre capitán! Su madre, que no sabe leer, ignora todavía su desgracia. No se la diremos nunca, para que la buena viejecita siga esperando al que no volvió...

JUAN AICARD.



eran tan duros, y me quedo. Partiremos juntos al fin y al cabo".

"—Más vale así, me dijo el tío.

"Hizo levar anclas y partimos con viento de popa y brisa noreste".

El capitán se calló. El viento refrescaba. Una banda rosada iluminaba por el levante el cielo que había permanecido claro toda la noche. Algunos gallos lejanos se respondían, cacareando. La tierra y el mar olían á mañana. Distinguíase, más lejos que un rato antes, la risa en el agua. Y la hora vibraba más cerca en el espacio ampliado. Lo oscuro del cielo palidecía. Las estrellas se perdían lentamente, como si recularan. En la línea del horizonte, una vela tenía ya los colores del día.



Don Pedro Lira



ANTONIO Smith fué el genio mismo del paisaje chileno, el poeta de los crepúsculos que se apagan melancólicamente en el espejo de los Andes nevados.

Chile, por su naturaleza, tiene que ser tierra de paisajistas. Si alguna vez en pintura tenemos escuela propia, será escuela de paisaje. Nuestros pintores más interesantes y originales son paisajistas: González, Ramón Subercaseaux, Jarpa, Correa, Valenzuela Llanos, por no citar sino á unos pocos.

A parte del paisaje, que lo tienen tan variado y hermoso, los pintores chilenos, dentro del país, no encuentran otro terreno

Grez, coleccionador de cuadros y crítico agudo, que ha seguido con cariño y muy de cerca la vida de nuestros artistas, tiene en preparación la novela del artista en Chile. Será una melancólica odisea, para la cual el escritor ha encontrado este título sugestivo: **Genio sin alas**.

Hay, sin embargo, entre tanto artista malogrado, entre tanto genio sin alas, uno que ha llegado á grande altura, que ha cultivado con buena suerte, y con pasmosa fecundidad, todos los géneros,—paisaje, historia, retrato, costumbres, decoración,—uno para el cual la falta de elementos y de atmósfera propicia no han tenido fuerza, uno que ha sabido vencer la indiferencia del público, y cortar los nudos de las intrigas y las malas querencias, avanzando siempre,—dejando á su paso, como uno de esos guerreros antiguos que tan bien ha sabido pintar, muertos y heridos, odios, protestas, dudas,—avanzando sin detenerse hasta llegar á la cima, á los sesenta años, mostrándole al país y al mundo una formidable labor de artista, de la cual los críticos podrán decir esto y esto otro, pero en presencia de la cual nadie podrá dejar de admirar la fecundidad, la riqueza de la imaginación, el vigor estético, el perfecto dominio de todos los secretos y recursos del arte. Otros habrán sido más armoniosos; otros coloristas más reales é iluminados; otros,—como Valenzuela Puelma,—habrán sido más personales, lo cual en arte constituye un gran mérito. Ninguno ha sido más fecundo, más rico en ideas, más vigoroso, más dueño de la técnica pictórica, más profundamente "artista", en el sentido que los maestros italianos del Renacimiento nos hacen tener de esta palabra.

Con todo esto, mis lectores ya saben á quién vengo refiriéndome. Es á don Pedro Lira, el autor de *La fundación de Santiago*, *La mala noticia*, *Los canteros*, *Prometeo*, *Felipe II*, *Caín*, *Sísifo*, *La infancia de Giotto*, *La muerte de Colón*, y tantos otros cuadros de grandes dimensiones, en los cuales ha evocado, con pincel fácil y seguro, con imaginación poética y dramática, algo así como *La leyenda de los siglos* que Víctor Hugo evocó en imborrables versos.

Agréguese á estos cuadros,—y á otros muchos de las mismas dimensiones y del mismo género,—que son como la parte céntrica y maciza del monumento artístico elevado por don Pedro Lira, una infinidad de retratos, de paisajes y de obras de todo género. En Santiago continuó la labor de Monvoisin, retratando dos generaciones de mujeres elegantes y bonitas. Así como tenemos del maestro francés los retratos de nuestras abuelas,—con sus grandes moños y sus manos pálidas y finas, recostadas en el satén de los corpiños,—así nuestros hijos tendrán á sus madres y abuelas retratadas por el pincel elegante y vigoroso de don Pedro Lira.

Un retrato de este maestro es, para mí, una de las telas más encantadoras que en América se han pintado. El modelo fué la señora Julia Lynch de Baeza en su preciosa juventud. Se destaca, á la plena luz, vestida de blanco, sobre un cielo azul. Tiene en las manos una caja de plata cincelada. Todo es blanco y azul en ese cuadro, en el cual una joven bellísima vive con la gracia y la frescura de los veinte años.

Tiempo hace ya que don Pedro Lira pintó esa admirable nota primaveral, tan llena de juvenil ternura.

Al ver el año pasado en el Salón el retrato de don Isidoro Huneeus,—caracterizándolo con toda su varonil originalidad,—me preguntaba si el pintor de ese rostro seco y enérgico de hugonote moderno, semejante á los que pinta Lembach, sería capaz de volver á teñir ese botón de rosa de la señora Lynch de Baeza, bañado en rocío y luz matutina?

Como todo, en este mundo transitorio, los artistas envejecen. La obra de la juventud no es la de la vejez. Pensaba que entre esos dos retratos estaría comprendido el curso artístico de don Pedro Lira: del amanecer fresco y luminoso al ocaso magistral y endurecido. Pero el talento suele tener la virtud de sustraerse á la presión de los años. Recordaba haber visto en París al octojenario Hebert pintando los retratos de nuestras compatriotas, las señoritas Edwards Mac-Clure, en notas que un poeta hubiese llamado prístinas.

Hay talentos que no envejecen. Volví á comprobarlo hace pocos días en el taller del mismo don Pedro Lira,—desengañándome de que hubiese envejecido,—al ver un perfil que ahí tiene de la señora María Prado de Vial, en el cual la juventud está



P. Lira.—Retrato de don Isidoro Huneeus

propicio. El paisaje es sólo una rama del arte y no la principal. Por esto los pintores se sienten mal en el país, se sienten estrechos, asfixiados, y sólo piensan en irse á Europa, en busca de "horizontes más amplios". Esta ha llegado á ser la frase consagrada.

Tienen razón. Aquí, desde la enseñanza que es defectuosa, hasta el público que es indiferente, pasando por innumerables arbitrariedades é injusticias (en fin, esto es del mundo entero), con completa carencia de elementos, los artistas solo tienen penas que pasar, y verse al fin malogrados por completo.

Me dicen que un distinguido escritor chileno, don Vicente

tan sentida como en el retrato que ya dije, pintado hace más de veinte años.

¡Guárdenos la naturaleza por largo tiempo todavía esa mano de viejo, que sabe cuando quiere manejar un pincel de joven!

En el paisaje, don Pedro Lira también ha encontrado ancho campo para su incansable y múltiple talento. La variedad parece ser su característica: ha pintado con igual fortuna,—en telas innumerables y de todo tamaño,—nuestros campos primaverales suavizados por los duraznos en flor, y la desolación de los inviernos que proyecta sobre brumas los retorcidos esqueletos de los árboles. Tiene notas ardientes de impresionista, y cuadros de bosques y ríos que recuerdan los de Harpignies, ese admirable viejo del paisaje francés, firme y rugoso, á quien Anatole France compara con los troncos de los árboles que pinta.

Don Pedro Lira es un notable pintor de cuadros de género. Este no es sólo el voto de sus compatriotas y de los americanos. Muchos de sus grandes cuadros han sido mencionados en los Salones de París; y uno de ellos,—ese trágico *Caín*, obra admirable por el colorido y la anatomía,—recibió un premio especial. Más tarde, en la Exposición de 1900, fueron premiados el *Retrato de artista* y la *Infancia de Giotto*. Don Pedro Lira es el único pintor chileno, y quizás sudamericano, fuera de concurso (*hors concours*) en París.

Así ha impuesto su nombre en el mundo del arte y nos ha dado en Chile una muestra única de capacidad y de conciencia profesionales. Es él quien nos ha dado el sentimiento más completo, en el conjunto de su labor, de una verdadera obra de arte.

Con esto ha hecho más que nadie por el arte en Chile. Y no solo con esto: en su incomparable actividad, sin disminuir el tamaño de su obra, ha encontrado tiempo para todo, para ser profesor, crítico y diarista (desde 1866 ha escrito sobre arte en los *Anales de la Universidad*, en *La Revista de Santiago* y en el *Correo Literario*; es autor de un *Diccionario de artistas* que la Universidad premió en 1902); construyó el Museo de la Quinta Normal que se inauguró con el Salón de 1883; ha sido *agua-fuertista*, el único chileno que ha cultivado esta pacienciosa y vigorosa rama del arte; es abogado. A él no se le podrá aplicar el título de la novela de don Vicente Grez:—*Genio sin Alas*,—la melancólica fórmula de casi todos los pintores chilenos. Podrá decirse de él que no ha tenido *genio*,—en el sentido que de esta palabra nos dan los grandes creadores humanos,—pero no podrá decirse que le han faltado alas.

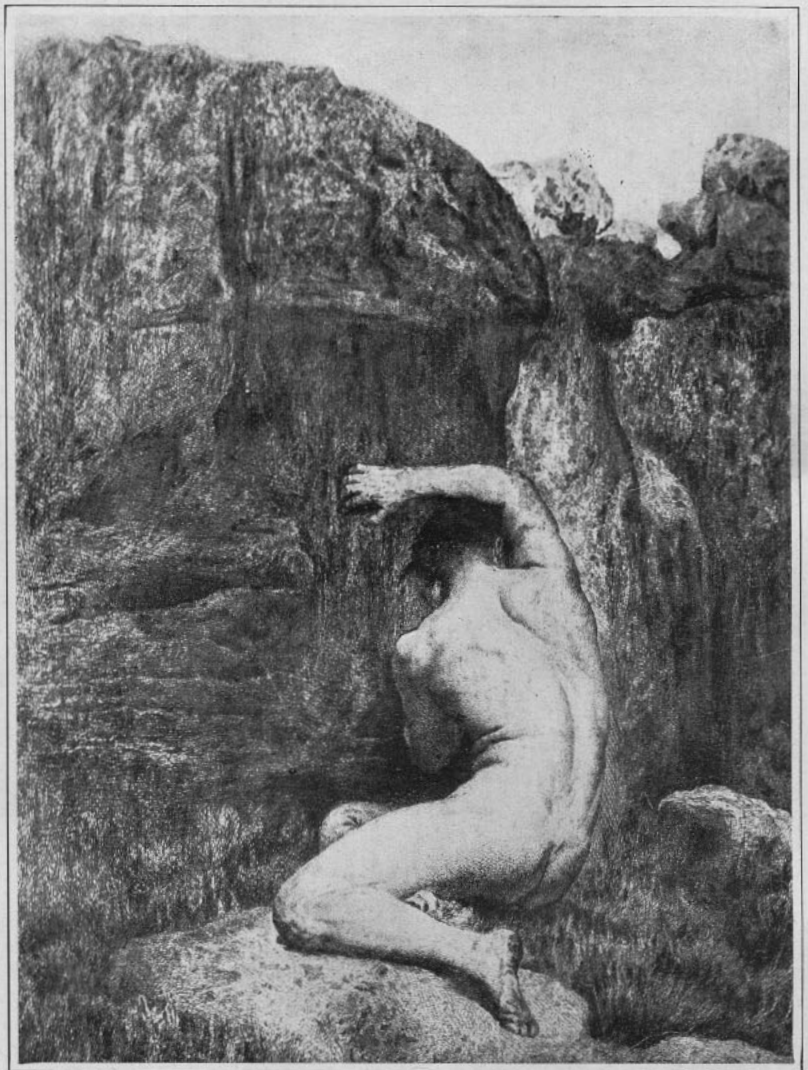
Se arguye, para justificar este enorme resultado,—en un mundo artístico tan *raté* como es el nuestro,—que don Pedro Lira ha tenido facilidades de fortuna y situación social que otros artistas han estado muy lejos de tener. Es la verdad, siempre que no contemos lo de la fortuna. Esta, don Pedro Lira la tuvo en su juventud, pero no se demoró mucho en gastarla. Como Don Juan en reparar los males de sus calaveradas, don Pedro Lira gastó toda la hacienda suya en satisfacer su pasión de artista. La gastó en vivir en París, recibiendo lecciones de Delaunay y de Luminais; y después bregando por sí solo en la capital del arte; la gastó en fomentar el arte en Chile, fundando premios, obsequiando cuadros para formar galerías (la de la Universidad Católica, por ejemplo); la gastó en la prodigalidad magnífica que presume toda gran pasión. Porque nadie en Chile ha tenido, como don Pedro Lira, una pasión por el arte más intensa y constante. A ella debe el enorme resultado obtenido, á la constancia, á la fé, á la laboriosidad, á esos únicos tesoros que no se agotan y que lo vencen todo.

Durante largos años, don Pedro Lira, por su legítima influencia, fué como un director supremo de las bellas artes en Chile. Una naturaleza como la suya, completa, vigorosa, y que tira á lo grande, ha de ser autoritaria. El ejercicio de la autoridad

consiste en fallar intereses encontrados. En cada caso se dejan descontentos que gritan "¡injusticia!... maldad!..." Vaya si le han gritado á don Pedro Lira; vaya si ha ido dejando enemigos á lo largo de su camino! Estos son los gajes inevitables de todo hombre poderoso. Y son mucho mayores en el mundo del arte, donde la pasión de la gloria, ó el simple amor propio, dan á las odiosidades un ardor calcinante. Recordemos qué sangriento *pandemonium* fué la Italia artística del siglo XVI. Aquí, por desgracia, no hemos tenido el esplendor de la Italia en ese siglo; pero sí tenemos los rencores inestinguibles.

Esta odiosidad inevitable ha envuelto, en ciertas épocas, la personalidad de don Pedro Lira hasta hacernos tener de ella una idea errónea; de su personalidad moral, se entiende, pues como artista nunca ha dejado de verse muy arriba y muy claro.

Yo mismo, en épocas anteriores,—escribiendo aquí y allá sobre artes y artistas,—lo juzgué mal alguna vez. ¿Tuve razón?



P. Lira.—Caín (Obra premiada en París)

Quién sabe... No es posible presumir que un hombre,—"el sér de flaquezas lleno",—no se haya equivocado nunca.

Ahora,—además del artista, conozco al hombre;—creo que, como todo sér superior que egerce autoridad, muchas veces ha sido víctima de rencillas.

Ya se le hace justicia,—á su talento nunca ha dejado de hacerse,—ya se le saluda como al verdadero patriarca del arte en Chile, como al maestro de pincel infatigable,—siempre fácil, siempre brillante,—que al haber vivido en el Renacimiento habría llenado de frescos colosales las paredes de los templos.

B. VICUÑA SUBERCASEAUX.



FLOR SILVESTRE.—Cuadro de Don Pedro Lira

Diálogos Paradójicos

EL ARTISTA Y EL FILÁNTRPO

El artista.—Con lo que acaba de decir me basta para comprender que no menosprecia usted el arte.

El filántropo.—Siempre los artistas, eternos menospreciadores de todo el mundo, ven menosprecio en cada palabra, en cada acto que no satisfase sus propósitos ó halaga sus pasiones. Nada he dicho yo, de lo cual puede deducirse que desdén el arte. He hablado únicamente de que no es la satisfacción de lo que usted llama sus aspiraciones estéticas, lo primero á que debe proveer la humanidad. Más claro: que los hombres capaces de hacer algún favor á sus semejantes, no deben considerar el progreso del arte, y la consiguiente comodidad de los artistas, como el principal objeto de su desprendimiento.

El artista.—En otros términos: que los artistas se mueran de hambre; que no haya arte mientras en el mundo vivan miserables, lo que vale tanto como que no lo haya nunca, pues miserables habrá mientras la humanidad se arrastre sobre la tierra.

El filántropo.—Del reconocimiento de que el arte no es ó no debe ser la finalidad primordial de la actividad humana, no se deduce lógicamente que no deba existir. El arte existirá siempre, como existirán siempre las flores, las nubes, los bellos cuerpos de mujeres, el mar, las puestas de sol, las fuertes y sanas musculaturas varoniles. El más genial artista y el más espontáneo, cualidad distintiva del genio, es la naturaleza. Y si la actual naturaleza de la tierra cambiara, sí, conforme á la fantasía de Yarde, hubiera de helarse esta frágil costa que pisamos y los hombres debieran buscar el calor del centro de la tierra para hacer circular su sangre, en los hielos de afuera y en las cuevas de adentro habría belleza, y por lo tanto, arte. La muerte misma es bella y dulce cuando no se la fuerza á ponerse tosca y fea.

El artista.—Estábamos hablando del arte como obra de los hombres, y no de las bellezas naturales, cosas ambas bastantes distintas una de otra.

El filántropo.—No tanto como puede parecer á primera vista. Usted mismo dijo hace poco que el arte no es sino el reflejo de la naturaleza.

El artista.—Buscado, encontrado y hecho carne, digamos, por el artista.

El filántropo.—Ciencia y arte no son sino la naturaleza misma empuñada por el hombre. Solo que los sabios, talvez porque la naturaleza es con ellos más huraña, son más humildes que los artistas. Los artistas tienen, casi todos, el grave defecto de creerse seres superiores, tanto más superiores cuanto se suponen ser menos comprendidos. De ahí, quizá, el desprecio con que les mira la gran mayoría de los hombres.

El artista.—No es que lo creamos, es que realmente no somos comprendidos, y no lo somos, porque sabemos percibir y apreciar la belleza, y los demás no lo saben.

El filántropo.—Error profundo. No hay hombre, por intruso que sea, que no sepa percibir y apreciar la belleza, la verdadera, no la puramente artística, obra de manos humanas, y que, en general, debe de ser tan poco la verdadera, que casi no aplauda en las obras de otro artista. Esa belleza de reflejo, por decirlo así, escapa á muchos, á los artistas mismos cuando no está en sus obras; pero la otra, la verdadera, la virgen, la que es como el pan eucarístico con que el hombre comulga de manos de la naturaleza, ésa, la comprendo todo aquel en cuya alma no se haya apagado la chispa del divino fuego que

sea su condición, posee lo que podríamos llamar un peculiar sistema de autores espirituales para apreciar la naturaleza, la belleza mejor acomodada á las moralidades de su consciencia.

El artista.—Según esa teoría, hasta los hotentotes son sensibles á la belleza.

El filántropo.—Indudablemente.

El artista.—Sin embargo, usted encuentra, de seguro, horribles los adornos y pinturas que usan sus mujeres para agradarles y seducirles.

El filántropo.—Naturalmente, porque adornos y pinturas son bellas solo con la belleza que hemos convenido en llamar reflejo, ó secundaria, como toda obra humana.

El artista.—¿Y dice usted que no menosprecia á los artistas, hotentotes, ó chi-

lenos ó franceses, de ahora ó de ayer, grandes ó medianos?

El filántropo.—Repito que no hay tal menosprecio; lo que digo es que la naturaleza es demasiado hermosa para que los artistas, que solo la copian, bien ó mal, se crean tan superiores á los demás hombres.

El artista.—Lo son, precisamente, en cuanto capaces de copiarla.

El filántropo.—Cuestión de apreciación. En todo caso, y volviendo á nuestro punto de partida, del que nos hemos apartado bastante, no me parece que esa facultad, espontánea ó aprendida, de copiar la naturaleza, sea tan preciosa que por fomentarla ó por premiarla, debamos descuidar á la enorme porción de la humanidad que no la posee. Por eso, sostengo que hacen mal los que, so pretexto de afición ó protección al arte,

endurecen su corazón ante el dolor de sus semejantes.

El artista.—¿Quiere usted decir que las gentes ricas no deben comprar obras de arte?

El filántropo.—Eso es; bien que sospecho que la cruda precisión de sus palabras no traduce con exactitud mi pensamiento. Me explicaré, pues. Merecen mi condenación en grado eminente, como se decía antes de los que comprometían la gratitud nacional, los coleccionistas maníacos que gastan millones en comprar un cuadro ó una estatua para encerrarlos en una sala de sus palacios, escondiéndolos egoístamente á los ojos del mundo entero. Contrarian, violentan, procediendo así, uno de los principales, quizá el principal fin del arte, que es obrar, accionar sobre el alma de los pueblos, de las multitudes, para suavizarlas, pulirlas, dulcificarlas, mediante la contemplación de la belleza artística.

El artista.—Las multitudes no la perciben ni aprecian; y, además, tienen sus antenas especiales para percibir y apre-



“LA COMICA”.—Por F. Bertond

por arte milagroso prende en cada uno de nosotros al incorporarnos al rebaño en perpetua esquila de nuestros semejantes. Si usted hubiera viajado, habría visto muchas veces como los más rudos, toscos, brutos marineros, aquellos cuyas manos no han palpado nunca otras suavidades que las de las jarcias embreadas, y con más almas se han congeado al frío mordedor de las durezas y fealdades de la vida, habría usted visto cómo miran, cómo devoran, cómo absorben, con el alma entera colgada de los ojos, la hermosura del mar, del cielo, del sol. Pasarán indiferentes ante la más bella marina del más genial pintor; pero no abandonarán su cuarto, aún en las regiones polares, y con más razón allá, en donde son más hermosas hasta ver la salida de sol. Porque, así como cada hombre tiene, orgánicamente, una disposición particular, individual, para la apreciación de la temperatura, por ejemplo, de modo que no hay dos que en un momento dado sientan con igual intensidad el frío ó el calor del ambiente, así también cada hombre, cualquiera que

ciar las bellezas naturales adecuadas á las modalidades de su conciencia. Usted mismo lo ha dicho.

El filántropo.—Le dije y no me rectifico; antes me afirmo en que los artistas, en su airada—porque ustedes son esencialmente iracundos—en su airada pretensión de elevarse y cernerse sobre los demás, creen que solo muy pocos elegidos son capaces de percibir y apreciar el esfuerzo que les han costado sus obras. Convengo en que la multitud no aprecie las bellezas de sus cuadros de Ud., pero serán muy pocos los que no se den cuenta de su esfuerzo, y la multitud ama la fuerza. De ahí que sea la arquitectura, el arte que requiere mayor esfuerzo para traducir en realidad los sueños del artista, el que más influencia tiene sobre los pueblos. Pueblo sin arquitectura es pueblo poco menos que insensible á la influencia de las otras artes. Los conductores religiosos de las naciones, que siempre han sido los más hábiles, nunca han dejado de construir templos grandiosos, para impresionar, en las masas, aquellas antenas de que hablé antes, porque en el templo, como en cualquiera otra obra de arquitectura, tienen cabida todas las artes: la pintura, la música, la escultura, etc. Y las grandes obras arquitectónicas accionan sobre las multitudes por la suma de esfuerzos que representan. Sabiéndolo así, los pintores y escultores de otras épocas se prestaban gustosos á ejecutar obras destinadas á completar los grandes edificios que veían alzarse ante ellos provocando la admiración y el respeto de las gentes: catedrales, conventos, palacios, hospitales. Es increíble el número de hermosos cuadros que se conservan en los viejos hospitales de Francia, Holanda, Italia. Desgraciadamente, la manía de los museos, esos cementerios del arte, como les llamaba Ruskin, arranca esas telas de los muros para que fueron pintadas, y los cuelga en otros ante los cuales no pasaron, por cierto, los enfermos en cuyo consuelo y alivio pensó el artista al pintarlas.

El artista.—¡El arte convertido en enfermero! Y repitió usted no hace mucho que no menosprecia á los artistas!

El filántropo.—Tanto no les menosprecio, que creo que nunca sus obras merecen más, que cuando hacen de enfermeras, en los muros de algún hospital, asilo ó templo—porque los templos son también, en cierto modo, casas de beneficencia. Pero los artistas modernos aletean ahora en regiones tan altas, que á ellas no llegan las angustiadas ondas del dolor humano. Sería ofenderles pedirles que decoraran las heladas, tanto más heladas cuanto más blancas, paredes de una sala de hospital.

El artista.—Los artistas buscamos el aplauso de los que saben entendernos; de la parte más bella y más sana de la humanidad; los enfermos de un hospital no nos comprenderían.

El filántropo.—Sin embargo, han comprendido á muchos grandes artistas que también les comprendieron á ellos.

El artista.—Sería en otras épocas.

El filántropo.—Para el arte sincero no hay épocas, como no hay escuelas tampoco. En todas las épocas los artistas más grandes han sido los que más se han acercado á los enfermos de alma ó de cuerpo. Existe entre unos y otros, la simpatía la cerante pero fuerte del dolor; porque casi todos los grandes artistas han sufrido mucho. Los del día sufren poco, ó mejor dicho, sufren menos, y por eso no quieren que el dolor ajeno manche su relativa felicidad.

El artista.—Hoy, sufrimos y gozamos

tanto como nuestros predecesores. La lucha entre el genio y el vulgo es eterna. La posteridad sabrá lo que sufrimos los artistas de hoy, como nosotros sabemos lo que sufrieron los de ayer.

El filántropo.—¡La posteridad! Siempre ese veneno sutil y corroyente amargando la vida de los artistas! ¡La posteridad! Es una candidez pensar en el futuro como consuelo del presente; es una puerilidad poner el porvenir, tan oscuro y tan enorme, en uno de los platillos de la balanza, cuando en el otro apenas carga esta llamarada leve y fugitiva que es la vida. La posteridad, de antemano, se ífe de nuestras locas aspiraciones á prolongarnos en ella, al modo del aroma fuerte y delicado que perdura en el pomo que contuvo el perfume.

El artista.—No somos nosotros sino nuestras obras las que acogerá la posteridad, si lo merecen.

El filántropo.—Es, además, la posteridad juez tan hermético que no creo que á nadie halague, como no sea paralojizado por monstruosa vanidad, la expectativa de alcanzar sus gracias. Y es tan rara en sus amores, que á quienes de ella menos se preocuparon, los premia, haciéndolos inmortales en sus obras.

El artista.—Luego, hay posteridad.

El filántropo.—Pero es presunción infinita pretender amarrarla á las colas de nuestros caballos.

El artista.—El arte no es cola de caballo.

El filántropo.—Para los vanidosos que se reclaman de la posteridad, es menos aún.

El artista.—Es demasiado triste pensar que la obra que tanto cuesta, no sea sino efímera, nube que pasa llevándose su sombra.

El filántropo.—Y la posteridad—her name is woman—es tan veleidosa que precisamente acaricia y perpetua las obras que menos esfuerzo costaron; menos esfuerzo intelectual, naturalmente.

El artista.—En definitiva, el arte perdura; por el arte se sobreviven los pueblos a sí mismos.

El filántropo.—Grave error. Los pueblos, las naciones, ó mejor dicho, su recuerdo, no se perpetúa sino muy relativamente por el arte. Quienes dicen que Grecia y Roma se immortalizaron principalmente por las obras de sus artistas no están en lo cierto. Un pueblo se renueva en otro—que es su manera de sobrevivirse—más, muchísimos que por sus obras de arte, por el espíritu que puso en acción cuando resolvió los problemas fundamentales que suscita el incesante flujo y reflujo de los pensamientos y acciones del hombre sobre la colectividad, que ahora llamamos sociedad. Si mañana desaparecieran hasta los menores rastros del arte griego, Grecia viviría en el recuerdo de la humanidad por haber sido el primer pueblo en que el hombre encaró y procuró romper el misterio de lo infinito y con dignidad de hombre, actitud que fué el manantial de donde brotaron las corrientes en que aún se refresca y limpia el espíritu humano cuando las contingencias de la vida la ensucian y sofocan. En cuanto á Roma, millones de hombres que jamás han oído hablar del Coliseo, viven sometidos á leyes que, cuando no copias fieles, son paráfrasis de las suyas. Más que cualquiera obra de arte, por sublime—epíteto ridículo en fuerza de presuntuoso,—por sublime que la supongamos, sobrevive no solo en el recuerdo, sino en el vivir mismo de la humanidad, un pensamiento noble, una definición clara, una acción buena. El médico que, como el héroe del Dilema del Doctor de

Bernardo Shano, salva la vida á un colega útil, con preferencia á la de un generoso artista, se prolonga más en la posteridad que el artista mismo y sus obras.

El artista.—Concluyamos en que los artistas no servimos para nada.

El filántropo.—Sirven para mucho; la humanidad sin ellos sería como un día sin sol; pero los días nublados no detienen la germinación de las semillas ni la maduración de los frutos. La humanidad podría vivir sin artistas; pero es mejor que los haya. El arte es un gran consolador.

El artista.—Volvamos á los cuadros pintados en los muros de los hospitales...

El filántropo.—Si le disgusta, no hablemos más de ello. El arte, es, además, creador de energías. El artista es un luchador; y la lucha es noble cuando el luchador no cobra por la entrada.

El artista.—Regalaremos nuestras obras.

El filántropo.—El ideal sería que el Estado mantuviera á los artistas para que trabajaran para el pueblo.

El artista.—Eso sería indigno del arte.

El filántropo.—El Estado paga jueces para que administren justicia; y sin arte se puede vivir; pero sin justicia nó. Además, ha habido, en la historia del arte, épocas brillantes en las cuales los artistas eran poco menos que asalariados de los poderosos, componentes principalísimos del Estado. En esas épocas vivieron y trabajaron artistas de los más famosos. Pero comprendo que al artista del día repugna esa manera de servidumbre; es más cómodo servir al amo de mil cabezas que es el público, que á un rey ó á un príncipe. Los reyes y los príncipes siempre han sido gruñones y cicateros.

El artista.—No lo es menos el público. Ya ve usted lo que nos cuesta vender nuestros cuadros. Ni los ricos, como Ud., no los compran; y si los compran, los pagan mal.

El filántropo.—Lo que hacen los demás poco me interesa. De mí, solo diré que nunca me parece cara una obra de arte, cuando se trata de un artista vivo. Encuentro que es un disparate pagar miles y hasta millones de pesos por cuadros de pintores muertos, para lucro de mercaderes ó coleccionistas, porque los muertos, en mi sentir, no tienen derecho de propiedad, y todavía muy discutible, sobre su propio esqueleto; pero me reconozco incapaz de discernir si el valor que un artista vivo pone á una obra suya, es excesivo ó escaso. Nadie sino él sabe lo que le ha costado. Y en la duda, me abstengo de comprarla.

El artista.—Con todo, veo que posee usted buenos cuadros.

El filántropo.—Sí, tengo algunos. Aquel dicen que es un Rivera; ese otro suponen sea de Rubens. El que está encima, es un Corot auténtico. Los unos, los he heredado; los otros, los compré cuando aún no había tomado contacto con la vida, con la vida de los que no saben por qué ni para qué viven. Hay muchas vidas así, que parecen morisquetas de la muerte. Son dolorosas, á veces hasta repugnantes; pero cuando se va hacia ellas con el corazón alegre, se acaba por tomarles cariño. Son como dolientes obras de arte de la desgracia y de la miseria. Y yo que siempre he amado el arte, á ellas me contraigo.

El artista.—Me parece usted más filántropo que artista; y según sus teorías, tiene usted, por eso más probabilidades que yo de pasar á la posteridad.

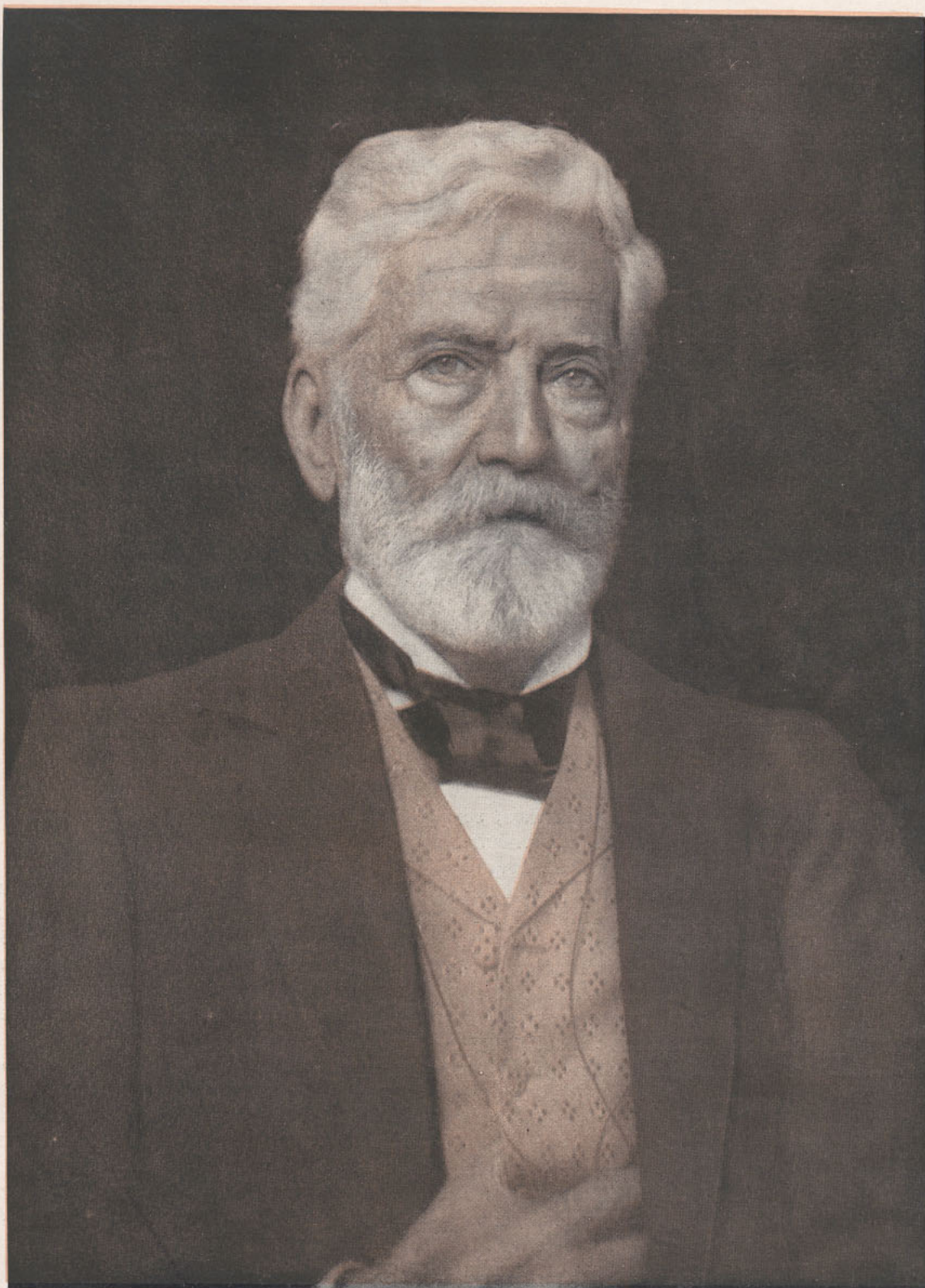
El filántropo.—Me contento con el presente.

El artista.—Yo aspiro al porvenir.

El filántropo.—¡Bella ilusión! ¡Buen viaje!

RENÉ VINCI.





Don JULIO

(BOCETO)

EXISTEN personalidades, apreciadas y queridas ya del público, de tal manera familiares para todos, que basta una palabra, un signo, un gesto para que las reconozcan ó adivinen. Así pasaba con "Don Manuel Antonio", entre los radicales, ó "Don Cárlos", entre los conservadores. Era innecesario decir, al nombrar á "Don Julio", que iba á trazar el boceto de uno de los escritores y hombres públicos de mayor relieve entre varias brillantes y gloriosas generaciones de hombres públicos y de escritores chilenos. Don Julio Zegers—ya salió el nombre completo—como Cagliostro en el siglo XVIII, ha sabido encontrar

el secreto, que mantiene cuidadosamente oculto, de conservar una extraordinaria juventud de alma junto con el vigor físico de los luchadores griegos. Su cuerpo fino, nervioso, ondeante, de movimientos ágiles y precisos, viene á servir de pedestal á una hermosa cabeza blanca, de ojos penetrantes, de mirar hondo y sereno, reflejo de un espíritu que ha sabido contemplar la vida desde lo alto, resbalando sobre las miserias y las sombras para salvar intacto su penacho, ese penacho que hubiera constituido el orgullo de un Cyrano.

A veces, también, esa mirada se vela, como si sur-

giera en su alma el cansancio de la vida y el recuerdo de tantas observaciones hechas en una existencia llena y laboriosa de meditaciones, de actividad, y de penetración de los elementos íntimos de los hombres y de las cosas. Son ráfagas de melancolía que llegan y que pasan, borradas, luego, por el sollo de optimismo generoso que constituye el fondo de su ser y de su persona toda; son como el sentimiento engendrado en nosotros por las puestas de sol, cuando sus tonos sonrosados de crepúsculo palidecen en las nieves, se desmayan y se funden mientras el cielo permanece azul, en serenidad siempre plácida.

Acaso, también, esa melancolía pasajera sea la expresión fatal é inevitable común á todos los hombres que, como el Señor Zegers, pertenecen á la raza de los *moralistas*, es decir, de los seres que penetran en el sentido íntimo de la vida, que estudian y conocen á los hombres, y que se proponen en su acción, sea con su palabra ó con su influencia, llegar á una obra más trascendental, alcanzar un fin de mejoramiento en la sociedad, en el país, en el momento histórico en el cual la suerte ciega ha querido colocarlos.

A quien contempla al Señor Zegers por primera vez, no deja de llamarle vivamente la atención el reposo de su voz, la *precisión* y suavidad de sus gestos, admirablemente armonizados con la precisión y el método en sus ideas y en su discurso, como si pretendieran aclarar todavía más lo que ya sale tan nítido de sus labios. Si de aquí se obtiene la impresión del equilibrio sano, de la ponderación perfecta y cabal de facultades, se tocará los linderos de la verdad; más, si de aquí se deduce un espíritu frío, se cae en un profundo error. Lejos de eso, nos encontramos, bajo la cabellera cana y la hermosa frente serena, con un ser que siente hondamente y con desusado vigor, casi diríamos con un apasionado. Ferrero, en su admirable historia de la Grandeza y Decadencia de Roma, hace la aguda observación psicológica de que todos los espíritus de primera línea han tenido siempre un fondo de pasión; así lo tuvo Julio César, primero, Napoleón, más tarde, y Cavour y Gladstone y Roosvelt. La pasión en el ser humano es como el vapor en los émbolos de las máquinas. Pero no hablo de sentimientos pequeños y bastardos, sino de ese ardor, que suele llegar al sacrificio, por grandes objetivos de patria, de libertad, de progreso, de mejoramiento de las instituciones ó sociedades humanas, de piedad á los caídos, sentimientos que toman diversas formas, sea el engrandecimiento del país propio, como en Cavour, sea la indignación dantesca producida en Gladstone por los horrores de Bulgaria.



Recuerdo que una noche de invierno, hace tres ó cuatro años, salía del Club de la Unión en compañía de Don Julio Zegers. Los girones de neblina se arrastraban por las calles ó envolvían los faroles con sus gazas y nos hacían sentirnos aún más solos y aislados en la eterna soledad nocturna de las calles santiaguinas. Don Julio marchaba, como de costumbre, con su paso lento, reposado y ágil, á un mismo tiempo, en el cual se ve un hombre seguro de sí mismo, que conoce el terreno que pisa, que desea conocerlo,

sin temerlo, y que es siempre dueño de sí, en absoluto. Su charla se deslizaba, como siempre, amena, salpicada de observaciones agudas, reservada é insinuante, independiente y correcta. Hablábamos de la caída del Ministerio—un Gabinete número 5,000 que había renunciado llevando á sus miembros á la fosa del más profundo olvido: eran unos cuantos ilustres que volvían á ser anónimos. Pero lo curioso del caso, y á ello me llamaba la atención Don Julio, era que se acababa de inventar la teoría de los Ministerios *rotativos*. En reunión de su Partido, acababa de expresar cierto político la necesidad de que *todos* los Diputados ó Senadores del grupo desfilaran, por turno, en el Gobierno, provistos de sus respectivas carteras. Con ese objeto, precisamente, los amigos del Ministerio dimisionario le habían echado una zancadilla.

Ibamos en este punto de la conversación, cuando se detuvo Don Julio, y me contó, con su voz suave:

—“Papá, decía una niña de veinte años, yo quiero ser monja. Siento que Dios me llama... esa es mi *vocación*”.

—“Si es así, hija mía, no vaciles. Es un ser demasiado respetable: no lo hagas esperar...”

“Lo mismo les pasa á los caballeros de ese grupo... *rotativo*. No los hagamos esperar... esa es su *vocación*... ser Ministros...”

Pero tampoco se hizo esperar mucho un artículo de don Julio, en que los fustigaba, sin piedad, con el látigo de su ironía, en una prosa cristalina, precisa, admirable que hacía recordar la elegancia y el arte de los griegos, mucho de Paul Louis Courier, y no poco de Dumas hijo, uno de los escritores más admirables de Francia contemporánea.

¿Quién no conoce, entre nosotros, la importantísima actuación de don Julio Zegers en la vida pública chilena, su obra de leader del Partido Congressista de 1890? Un ardor infatigable le movía, un sentimiento candente, pero de pasión de bien público, anhelo de salvar las instituciones y de mantener la influencia del Congreso al cual se pretendía anondar. Por ese amor apasionado de libertad arriesgaban algunos su cabeza, con el Señor Zegers, en la arena parlamentaria primero, y en la agitación revolucionaria en seguida, y otros arriesgaban la vida en el campo de batalla. El Señor Zegers sabía ser un hombre en una época de hombres. Su oratoria precisa, clara, poderosa, se encendía en vastos sentimientos públicos, recogía la opinión general y se imprimía en las conciencias con la misma fuerza de las catilinarias en la época del triunvirato.

La condición esencial del hombre público es la de hacer lo que llamaba Holtzendorf la política *realista*, es decir, de penetrar, con vista clara, en una situación social y política, analizarla en sus más ínfimos detalles, sin perder jamás, con eso, las visiones del conjunto, y buscar con energía los remedios. La claridad y exactitud de la vista debe unirse á la firmeza resuelta de la acción. El Señor Zegers es, en tal sentido, un hombre público en toda la extensión del concepto. Por eso la huella de su palabra y de su pluma, en nuestra vida pública, ha sido tan honda. El escritor, en el Señor Zegers, ha ganado con esto inmensamente, pues, según la observación de Macaulay, para poder escribir historia es preciso comenzar por hacerla.

LUIS ORREGO LUCA.

"EL Pabellón victorioso de la nación más rica de la tierra se ostentará sobre los muros de nuestras fortalezas y flameará sobre las ondas con toda la dignidad que le atraiga los respetos. Tierras inmensas y feraces, climas variados y benignos, medios de subsistencia abundantes, montes de oro y plata en extensión interminable, producciones de todo género, esquisitas, atraerán á nuestro continente millares sin número de gentes, á quienes les abriremos un asilo seguro y una protección benéfica".

Tales fueron las palabras pronunciadas en la sesión del Congreso Argentino, el 12 de Julio de 1816, tres días después de aquella otra sesión memorable en que se aclamó la independencia oficial de las Provincias Unidas de la América del Sur.

Las evocamos ahora al aproximarse el 25 de Mayo, aniversario de la independencia Argentina. Aquellos hombres de ese lejano Congreso, tuvieron una mirada audaz para penetrar las brumas del porvenir, para poder adivinar al través de noventa y dos años de distancia, toda la grandeza que había de cobijarse bajo el pabellón azul y blanco.

Como una gigantesca imagen de sueño, vieron que llegaban á las márgenes del Plata, infinitas embarcaciones, flameando junto á sus muelles las insignias de todos los países de Europa, recibiendo sus inmensas dársenas hombres de todas las naciones atraídos por el gran movimiento comercial y la riqueza del país: franceses llevando mercaderías finas é industrias de lujo, españoles é italianos huyendo de su patria en donde había sólo miseria para ellos, ingleses y alemanes instalando enormes fábricas; en fin hombres de toda la vieja Europa, artistas, literatos, grandes actores, venidos á esplayar su talento; y todos recibidos por la gran Buenos Aires, que situada casi frente á Europa, mira á ésta sin envidia al través del Atlántico para recibir con cariño á sus hijos buscadores de oro y aventuras.

Por sobre ese manto blanco que Mayo empieza á tejer con nieve en las cumbres de los Andes, saludamos á la vecina nación en su glorioso aniversario de independencia, que se aproxima.

Como un homenaje á ella, escribimos estas sencillas líneas, dándonos el grato placer de hojear algunas páginas de su historia, que es como penetrar á un panteón augusto, y levantando los trofeos que cubren gloriosos despojos, leer inscripciones y fechas, entre las cuales encontraremos grandes nombres vinculados á nuestra historia patria, como el de don José de San Martín que en las llanuras de aquellas provincias equipó soldados para escalar los Andes y desde el peñón más alto, cruzando á nuestros valles, gritándonos: "¡No desesperéis, que llevo la libertad!".

Fué Argentina el único país de América que al proclamar su libertad el 25 de Mayo de 1810, pudo sostener desde ese mismo momento sus ideas libertarias. Los patriotas no tenían soldados, no tenían fuerzas materiales; pero aquella revolución estaba latente en todos los espíritus. Desde hacía largos años, aquella idea tomaba cuerpo en el pueblo patriota, y estaba ya tan vigorosa y grande, que al lanzarse aquel grito de libertad en la plaza de la Victoria, todos los argentinos asintieron unánimes.

¡Qué grandes diplomáticos aquellos que compusieron la primera junta de gobierno en la tarde del mismo día 25: don Cornelio Saavedra, los doctores Moreno y Castillo, ardientes revolucionarios, Belgrano, Ascurriaga, el doctor Paso y el doctor Alberti; todos patriotas. Y los otros dos, Mathen y Larrea, que ayudaron también

á la junta, creyendo que se trataba simplemente de conservar los dominios del rei Fernando VII. El tacto y la finura políticos, empleados en estas campañas diplomáticas, fué admirable. Por una parte, hacer creer á Mathen y Larrea que las intenciones de aquella junta no eran contrarias á la monarquía, y luego volver hacia el virreynato de Lima una máscara tranquila é inocente.

Hubo disturbios en el seno de la junta, inconvenientes de Gobierno, dificultades para someter algunas provincias, como La Paz, Chuquisaca, Potosí, Córdoba. Pero todo aquello se resolvió satisfactoriamente, enviándose, para someter á los amantes del antiguo régimen, una expedición mandada por don Francisco Ortiz de Ocampo, y como mayor general don Antonio González Balcarce.

El Paraguay amenazaba también, y se envió allá á don Manuel Belgrano, gran figura de la revolución, que se ajigantó más tarde tocando los bordes de la epopeya, en la gran acción de Tablada de Salta, el 20 de Febrero, en donde derrotó á Tristán. Recuérdese que aquel día, Belgrano, encontrándose enfermo, mandó la batalla montado en una carretilla, y que una circunstancia, que al principio se creyó desfavorable á los patriotas, vino á decidir el triunfo: la pólvora estaba húmeda, entonces se suplió ésta, calando la bayoneta.

No diremos nosotros que ya hoy no existen hombres como aquellos tras de los Andes, sino que aquellos fueron grandes y que las circunstancias parecen haberles comunicado un raro vigor. La acción era definitiva: ó se rompía la ruda cadena colonial ó ésta se remachaba con fuerza por España.

Aunque disturbios hubo en el seno y la intimidad de aquella junta, sus hombres supieron sacrificarse en beneficio de la patria.

"Viva mi patria aunque yo perezca". Así decía el doctor Moreno, poco antes que su cuerpo tuviera por poética tumba las aguas del mar, poco antes de su muerte en aquel melancólico viaje á las cortes de Inglaterra, adonde iba, no como un plenipotenciario de su país, sino como un noble sacrificado por el triunfo de su patria. Era necesario aquella huida, encubierta bajo la forma discreta de una misión, después de haber lanzado su cerebro ardientes torrentes de hermosas ideas en las columnas de la "Gaceta". Su llamada muerte tuvo como epitafio las palabras que pronunció su adversario el presidente Saavedra, al saber la triste noticia: "—Tanta agua era menester para apagar tanto fuego".

La energía con que obraron los patriotas, es única en la historia de la independencia de los pueblos Americanos. Aquellos hombres como ansiosos de vivir pronto en plena libertad para dedicarse al cultivo de la grandeza que adivinaban en el porvenir, no retrocedieron ante las medidas extremas. La sublevación de Córdoba fué ahogada y sus jefes pasados por las armas. Se mandó á dar cumplimiento á la sentencia al vocal de la junta patriótica doctor Castillo, acompañado de don Nicolás Rodríguez Peña, y de una escolta á las órdenes de don Domingo Funch. Los sublevados fueron muertos en el solitario paraje llamado Cabeza del Tigre.

Cuenta el distinguido historiador argentino don Mariano A. Pelliza, de donde he tomado apuntes para este artículo, que á los pocos días del suplicio, apareció, colgado en un árbol de esas soledades, un gran cartel con la palabra "Clamor", acróstico formado con las iniciales de las seis víctimas enunciadas en la sentencia: Concha, Liniers, Allende, Moreno Joaquín, Orellana, obispo de la diócesis, y Rodríguez.

¿Quién tuvo la idea de colgar ese cartel fatidico en medio de la soledad? ¿Fué algún español que no pudiendo vengarse de una manera más directa, se valió de aquel letrero que la casualidad escribió en acróstico formado por las letras del nombre de las víctimas?

Nada á este respecto dice el historiador.

No hay duda que aquel reto audaz y misterioso debe haber sido lanzado por algún hombre partidario de Fernando VII, como una amenaza que ponía por testigo al cielo.

Por eso decían los patriotas, que mientras quedara en las pampas argentinas un casacón de soldado del rey, habría que vivir en perpetua guardia.

El triunfo de la patria seguía arrollándolo todo. Aquel cartel, no tuvo trascendencia; las brumas y las lluvias del invierno deben haber ido borrando poco á poco sus letras, hasta no dejar de todo aquello sino tan solo un cartel en blanco para que un viajero piadoso al cruzar aquel sitio y recordando el hecho histórico, escribiera en él algún melancólico toda contra-revolución.

Aquel suceso mató casi por completo toda contra revolución.

Balcarce, luego, derrota á Córdoba en Suipacha, jornada hermosa para los argentinos, que les dió seguridad definitiva y un gran botín.

El doctor Castillo decía en el parte que dirigió á la junta: "El resultado de la acción es prueba del más encarecido elogio de nuestro ejército, que, superior en número y en su cuartel, supo derrotar á un enemigo que eligió situación y rompió el fuego. Aseguro á V. E., con el mayor general, que de los oficiales y tropa, no tengo á quien distinguir, no hay ejército en el mundo que presente el pecho al enemigo y se sostenga con más gallardía y serenidad en el fervor de la acción y avance á la vez con más intrepidez que el nuestro".

Esta victoria, dice el historiador, proyectó luz sobre las sombras que envolvían los destinos del Alto Perú.

Todo les era favorable; parecía que el carácter y la férrea voluntad de aquellos hombres, encadenaban la victoria.

Por ese entonces se da á conocer el genio y el valor de aquel recién llegado de Inglaterra, junto con Alvear, el coronel don José de San Martín, que cerca del pequeño pueblo de Rosario y al pie de los muros del convento de San Lorenzo, derrota las fuerzas del capitán Zavala, exponiendo locamente su vida en aquella acción que dió gloria definitiva á él y sus granaderos.

Los buques mercantes "Hércules", "Zéfiro" y "Nancy" comandados por Brown derrotan á las corbetas españolas "Neptuno", "Paloma" y bergantín "San José"; llega la más sangrienta batalla de la independencia, Vilcapugio, perdida por Belgrano, que se repone luego, y ya sin temores de nuevos ataques y sorpresas, habiendo derrotado las fuerzas del Paraguay y partido á Europa la princesa Carlota, desilusionada en sus ambiciones, se hace la declaración oficial de la emancipación de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en la sesión del 9 de Julio de 1816, ante un numeroso pueblo.

El doctor Paso formuló el voto que debían pronunciar.

El acta terminaba así: "Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sud-América, reunidos en Congreso general, invocando al Eterno que preside el Universo, etc... declaramos solemnemente á la faz de la tierra, que es voluntad unánime é indubitable de estas provincias romper los violentos vínculos que las ligaban á los reyes de

RETRATO AUTENTICO DEL GENERAL SAN MARTIN



Pintura de la época

Don JORJE MONTT



EXCUSADO es, en Chile, hacer la biografía de este ilustre marino y hombre público. Su nombre está ligado á páginas importantísimas de la historia de Chile. Desde la época de la guerra del Pacífico gozaba ya de prestigio considerable. El 7 de Enero de 1891 tomó el mando de la Escuadra levantada para sostener la autoridad del Congreso Nacional. Elevado á la magistratura suprema de la nación, después del triunfo, restauró el imperio de la ley en el país y llevó á cabo grandes obras públicas. Es, hoy día, el Jefe de la escuadra chilena.



SAN ANTONIO.—Bajo relieve del escultor Puech, autor del monumento de los hermanos Amunátegui

Algernon Charles Swinburne

HA sido el último glorioso caído al misterio. Sobre su alta frente de poeta, de poeta luchador y visionario, se han esparcido las caléndulas y las adormideras con que él, en una de sus baladas, quería anunciar su muerte, su silenciosa entrada a la esclavitud de la sombra.

Se ha hecho el silencio en su frente, inmensa y curva como una bóveda, por donde, durante más de cincuenta años, pasó, tejendo y destejendo sus velos, la aérea y vertiginosa farándula de los ritmos augustos. Y se ha hecho la oscuridad, fría y profunda, en sus claros ojos de vidente, por donde las más audaces ideas de la moderna lírica inglesa cruzaron en un largo é interminable exodo de aves agoreras...

Para este bardo, el prodigioso despliegamiento de las bellezas de la vida, ha caído en el último sueño. *Death is Sleep*, cantaba en su "Himno a Proserpina".

Este último sueño es una victoria, una victoria que el poeta ya viejo, acarició con más de un verso pensativo, olvidándose del tiempo en que la temía... Porque este Algernon Charles Swinburne que terminó siendo un espíritu libre, abierto a los soplos de las novísimas rebeldías morales, empezó siendo casi un místico, un religioso que buceaba temerosamente en el misterio.

No conocemos en toda la época moderna un espíritu, de la elevación del espíritu de Swinburne, que haya tenido, como el de éste, más variaciones, que haya seguido una línea de pensamiento más sinuosamente inquieta. Sus dudas, sus cambios de rumbo, sus mutaciones de horizonte, son asombrosas. Si hubiera sido uno de los reyes magos se habría perdido en el desierto. Su transparencia a toda luz venida de fuera llegó a la diafanidad.

Esto lo hizo perderse en el ageno esplendor.

Sólo después de muchas peregrinaciones tuvo la alegría de encontrarse a sí mismo, porque los viajes más largos son, a veces, los que se hacen en busca del propio corazón.

Swinburne empezó influenciado directamente por el versolirismo de Shakespeare, en cuanto a la forma y por las inmovilidades beatíficas del prerrafaelismo, en cuanto al fondo, sin que estas sean las únicas influencias recibidas, como se puede notar en su poema "The Ducen-Mather and Rosamond" y en sus baladas "Anactoria" y "A Christmas Carol", sugerida esta última, según el mismo poeta, por un dibujo de Dante Gabriel Rossetti. Por entonces, el esteticismo inglés—que fué un eco del neoplatonismo del Renacimiento—estaba en sus momentos de gloria. Pero esta tendencia artística, con su estremada delicadeza contemplativa de las visiones espirituales, con su falta de movimiento, con sus reposos en que se sienten las sollicitaciones de las cosas muertas, como decía el mismo Rossetti, no podía influir de una manera decisiva en Swinburne, que era un brioso, un exuberante, un insaciable de hermosuras.

Olvidó la modalidad prerrafaelista y en su poema "Atalanta in Calidón" se manifestó tal como sería en sus obras posteriores. Su verso es vigoroso, espontáneo, fluido, ondula, salta; es un verso joven, ansioso de abrazar la vida entera, en todas sus magnificencias de luz y de color.

Junto con cambiar su frase rítmica cambió también su fondo poético. En su trilogía dramática sobre María Estuardo abandona las tristezas, las sombrías alusiones a la nada de la existencia y muestra, por el contrario, una alegre filosofía, una serena despreocupación de la muerte, una sonriente esperanza en la finalidad de la vida.

La lectura de las obras de Hugo le abrió, seguramente, estas nuevas perspectivas humanas. Comprendió que el poeta no debía estar en la contemplación más ó menos estéril de lo bello parcial, digamos, de lo admitido sólo por una escuela, que no es,

las más de las veces, sino la prolongación del pensar de quien la inicia. El poeta debía entrar a la vida amplia, estudiar sus problemas y participar de sus dudas y de sus ensueños. Y Swinburne entró. Se hizo un poeta afirmativo. Creyó en la alegría, en la luz y mostró en el porvenir la primavera de las almas.

Desde los tiempos de Byron no se había sentido en la literatura inglesa una voz de las viriles entonaciones, de las broncóneas resonancias de la voz de Swinburne.

El tranquilo, el soñador andar de los versos de Wordsworth, su resignada pasividad ante las amarguras, su aceptación casi sonriente del mal, su predilección por la vida sencilla de la naturaleza, fueron seguidas por el verso aristocrático, pulcro, de una delicadeza femenina de Tennyson. Este bardo en su elegante esquisitismo tomó al placer y al dolor sólo como bellos temas de arte, sin que ni uno ni otro lograra sacudir sus fibras con loca intensidad, perturbar el correcto

equilibrio de su espíritu, contornear los latidos de su corazón ó encender en sus ojos una llamarada visionaria. Tennyson era la musa de refinado aristocratismo que vivió temerosa de las luchas de su época, oyéndolas rugir en torno de ella, sin darle más que una mirada serenamente abstracta.

Austin no tiene tampoco la energía, ni la potencia mental de Swinburne. Es este, pues, el que después de Byron ha rimado con más alto y vigoroso acento, con el acento armónico a la severa magnitud de los temas que rimaba. Swinburne prestó oído al rumor que por toda Europa esparcían las águilas de Hugo. Fué republicano. Conoció a Mazzini y cantó a la libertad. Llegó a ser un poeta civil, en contacto directo con su época. Oyó y comprendió la voz de los vientos reinantes. El, que había empezado con poemas silenciosos; envueltos en vaga penumbra simbólica, que hacía antífonas y letanías, que sufrió la influencia del subjetivismo morboso de Baudelaire, que soñó inmóviles figuras espirituales con Rossetti, pasó por el humanismo revolucionario de Hugo y de Mazzini y llegó a ser un socialista, un descreído, un blasfemo. Llegó a ser un estigmatizador de las mismas frentes augustas que había reverenciado, un sombrío augur de la muerte de todas las divinidades.

thy kingdom shall pass, Galilean

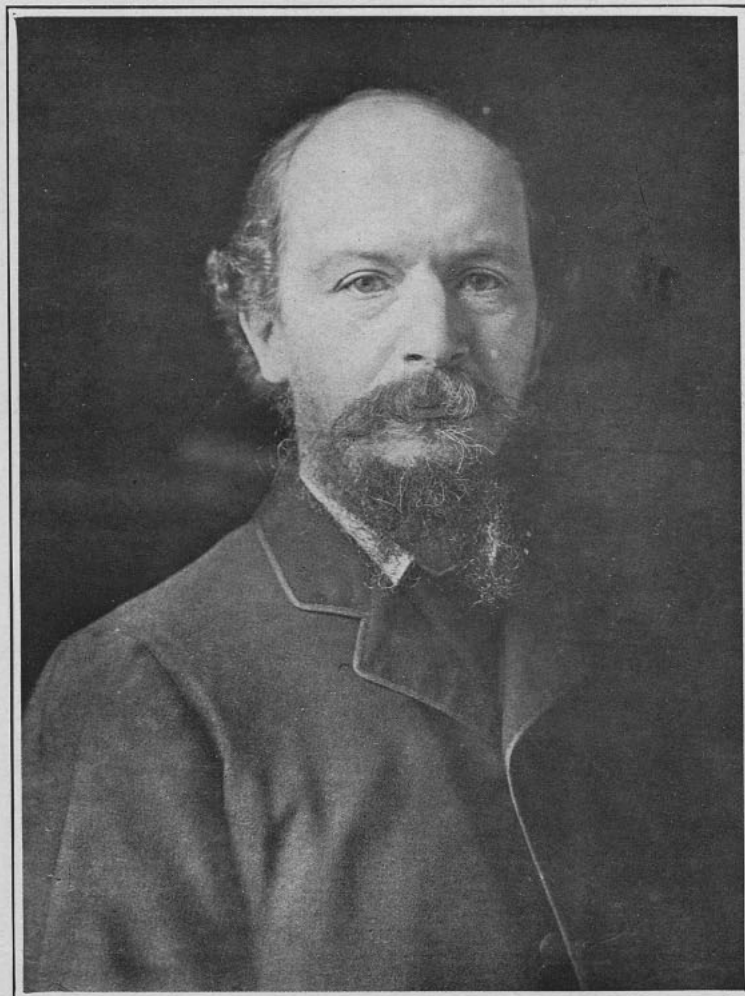
Su libro *Songs before Sunrise* es una obra delirante-

mente revolucionaria. Su republicanismo que ya había asomado vivo y potente en su magna composición "The Commonweal" toma en este libro los caracteres de una convicción inquietante.

Swinburne abandonó su antiguo pensar sin un lamento, sin uno de esos suspiros que tantos otros poetas han dedicado a los bellos errores que se van... Su entusiasmo por lo nuevo, la alegría de haber hallado por fin el viento necesario a sus alas, lo hicieron olvidarse del pasado hasta el extremo de no recordar de él sino lo que pudiera convenir a sus obras últimas, llenas de brío, escritas en versos nerviosos, rápidos, que corren animados de una sagrada impaciencia de gloria. La musa de algunos de estos cantos parece una ménade. Su jesto conmina. Su voz castiga. Inclinado sobre el pueblo, oyendo sus sonoras fermentaciones, su oscuro removerse de noche que presiente la aurora, Swinburne comprendió, en un momento de esplendorosa grandeza, que sólo al través de los harapos se suelen ver los cielos futuros. Hoy, sobre este orgulloso tremolador de lirismos revolucionarios, la muerte ha vaciado sus ánforas de silencio. Es el instante sombrío y angustioso en que la luz se apaga y los rumores mueren.

Now no light is in heaven, and now
Not a note of the sea-wind's tune
Rings...

MIGUEL LUIS ROCUANT.



COMBATE NAVAL DE TRAFALGAR



Cuadro del célebre pintor E. de Martino

Juana de Arco

SUS ADMIRADORES Y SUS ADVERSARIOS

HAY en la historia evangélica una palabra misteriosa cuya aplicación á la vida de Juana de Arco es singularmente gráfica.

Dijose de Jesus: "Hé ahí este pequeñuelo es puesto para caída y levantamiento de muchos... y para señal á la que será contradicho". (Luc. II, 34).

Bastante conocida es en el mundo la historia de Juana de Arco para que nos abstengamos de demostrar detalladamente su perfecta concordancia con la citada profecía de Simeón. En vida y después de muerta, la "Buena Hija de Lorena" provocó lamentables caídas y suscitó maravillosos resurgimientos. Hoy mismo, cuando ya muy cerca de quinientos años nos separan del año 1431 en que murió en la hoguera de Rouen, Juana es siempre en Francia y fuera de ella "una señal á que es contradicho".

Sabemos, por los cablegramas y diarios, la agitación provocada en París por las lecciones de un profesor de la Sorbona, en quien los estudiantes católicos de la gran Universidad francesa persiguen al insultador de Juana de Arco. Vemos, por otra parte, que la beatificación de la martir de Rouen, á la vez que exalta los sentimientos de los católicos franceses, exaspera la incredulidad de todos aquellos que quieren ver en ella una víctima del fanatismo religioso de la edad medio-eval.

Es á la vez delicado y difícil terciar en un debate como este en que los adversarios carecen igualmente de sangre fría y justicia, sobre todo si se advierte que tanto los amigos como los adversarios de Juana obedecen á odios políticos y religiosos. Aunque el papel de tercero en discordia sea peligroso é ingrato, es preciso que alguien se atreva á asumirlo. Si, para desempeñarlo con éxito, bastare igual amor á la heroína francesa y á la verdad, podríamos, si no asumirlo, al menos esbozar aquí los resultados prácticos á que aparentemente habría de llegar un árbitro de buena fe.

Protestan hoy en día los católicos contra la calumnia de que, según ellos, se hacen reos los anti-católicos al enseñar, en colegios y universidades, que Juana de Arco cayó víctima del fanatismo religioso y que quien puso fuego á la hoguera de Rouen fué la iglesia católica.

Si hemos de atenernos á la regla prescrita por León XIII, en memorable encíclica, según la cual "la primera ley de la historia es no osar mentir; la segunda, no temer de decir verdad y la tercera, no dejarse sospechar fundadamente ni de lisonja ni de animosidad", la verdad es que la iglesia del siglo XV no es inocente de la sangre de nuestra Santa.

Reconocida esta lamentable verdad, preciso es, empero, agregar, en homenaje á la exactitud histórica, que la iglesia universal, y en particular su jefe de entonces, no pudo ser responsable de un crimen cuya preparación y ejecución, ignoradas de él, se debieron exclusivamente á las iglesias francesa é inglesa tomadas, no en su totalidad, sino en algunos de sus jefes.

En realidad, si fuese lícito distinguir dos lados cuando Rouen estaba sujeta á la dominación del rey de Inglaterra, podríamos decir que los únicos culpables fueron, del lado inglés, el cardenal de Winchester, y del lado francés, el Vicario de la Inquisición, el arzobispo de Reims y el famoso é innoble obispo de Beauvais, Pedro Cauchón. Estos cuatro hombres asumieron sobre sí una responsabilidad que bien puede ser inglesa y francesa, pero que nunca será "católica" en el sentido propio de la palabra.

Basta, por otra parte, recordar que, una vez debidamente informada, la Sede Apostólica mandó hacer una revisión del proceso de Rouen y que, en la conciencia de los católicos,

Juana de Arco, aunque declarada oficialmente "hereje, relapsa, apóstata, idólatra" y como tal, "relajada al brazo seglar" por la inquisición, dejó el recuerdo de una Santa y de una martir. En suma, la hoguera de Rouen, con sus resplandores siniestros, ha sido el primer acto de la "apóteosis" gloriosa que terminará en la beatificación de 1909.

La iglesia de Francia puede á la vez reprochar á los adversarios de Juana un encono superior, si cabe, al odio de Cauchón.

Justo es, en efecto, tener en cuenta la época en que Juana vivió y murió, época de ignorancia crasa en que la luz intelectual de la Edad Media iba cada día vacilando más para apagarse pronto, época de pasiones y odios fomentados por rivalidades y guerras. Difícil era que obispos inescrupulosos y vendidos al inglés no se cegaran con las teorías entonces corrientes en los "Manuales del Inquisidor".

Pero hoy en día, ¿á qué obedecen las dudas propaladas por cierta prensa sobre la virtud de la Doncella-martir, cuando su pureza fué admitida por los mismos verdugos? ¿Por qué se prolonga, en Francia, país libertado y colmado de glorias por Juana, esa tradición de burla pornográfica inaugurada

por Voltaire en su infame y, en verdad, estúpida "Pucelle"? Es curioso advertir que el odio á la Doncella de Domremy recrudescerá á medida que cunden en Francia las teorías anti-patrióticas. Hecho muy lógico es este, si se considera que quien inició en Francia la empresa de deshonorar á la virgen lorenaense fué Voltaire, el mas antipatriota de todos los franceses, el único á quien pudo venirle en mentes el felicitar á Federico II, rey de Prusia, por "la fameuse rossée de Rosbach..." en que Francia lo perdió todo, hasta la honra.

Entiéndese fácilmente que semejantes hombres no puedan creer ni en la virtud de una doncella ni en la intervención de Dios en los negocios humanos. No puede parecerles verosímil que, en el plano providencial, Francia hubiese de desempeñar cierto papel especial en el mundo, y que Juana, campesina humilde, haya podido ser instrumento divino en la preparación histórica de la Francia moderna.



Todo se reduce, en efecto, bien lo queramos ó no, á un problema filosófico y religioso.

La vida y actuación de Juana son más que maravillosas: luego, todo lo que de ella se refiere es, *á priori*, legendario, falso, inadmisibile. Hé ahí el compendio de toda la discusión y el resorte fundamental á que obedece la lucha. Por no admitir la posibilidad de un milagro, aún para la conservación de la independencia de una nación como es Francia, prefírese negar ó falsear los hechos más evidentes de la historia.

Puede ser que tal ó cual particularidad de la vida de Juana carezca del sello sobrenatural que le atribuyeron los viejos cronicones ó que reivindicán los apolojistas de hoy día. Empero, el

poderes y facultades parecen diferenciarse no sólo en grado sino en naturaleza específica de los poderes y facultades de la gran masa de los hombres, y que esos seres excepcionales producen resultados iguales á sus poderes. Es indudable que Juana de Arco fué mirada por una multitud de testigos visuales como uno de esos seres maravillosos; y es asimismo inadmisibile que, por el solo hecho de no penetrar la naturaleza de los medios que le sirvieron para obrar eficazmente sobre los hombres, tengan los historiadores científicos razón alguna para negar, en obediencia á sus prevenciones, la comprobada acción de Juana sobre sus contemporáneos. El genio, con sus incalculables resultados, es un hecho sólidamente fundado en la experiencia humana y



Juana de Arco ante el Tribunal de la Inquisición (Cuadro de J. P. Laurens)

conjunto de esa vida, su resultado inmenso puesto en parangón con la humildad de sus principios y la escasez de sus medios, es por sí solo un milagro.

Para negarlo se necesita no creer en Dios personal y prescindir de las reglas, hoy universalmente admitidas, del método histórico.

En un admirable artículo editorial, el diario inglés "The Times" decía últimamente, aludiendo á Anatole France y demás historiadores adversos al carácter sobrenatural de Juana de Arco: "Sólo por ser maravillosa, esa historia despierta en esos historiadores una prevención muy ajena á la ciencia. Creen que tal prevención es científica porque está, según ellos, en conformidad con su propia teoría de la vida. Más esa teoría es á su vez ajena á la ciencia porque está en contradicción con toda experiencia. La teoría de esos historiadores consiste en sostener que nunca suceden cosas maravillosas. Todos, empero, sabemos que tales cosas suceden: que nacen en el mundo jentes maravillosas cuyos

el argumento de Hume contra los milagros no puede aplicársele sino por pura perversidad". (*The Times*, Monday, December 28).

En resumen, de la Historia de Juana de Arco, dos lecciones igualmente importantes parecen desprenderse, siendo la primera que la buena fé histórica es, aún hoy (y quizá hoy más que nunca), un mito, cuando median cuestiones religiosas; y la segunda, que los grandes crímenes históricos tardan siglos en hallar la debida reparación... cuando la hallan.

En todo caso, si hemos de ser francos, encontramos particularmente noble la conducta actual de la Iglesia. Mientras la Sorbona del siglo XX permanece fiel á una tradición inaugurada por la Sorbona "inglesa" del siglo XV y persigue con sus críticas á la Santa que su predecesora juzgó digna de la hoguera, la Iglesia de hoy sustituye la ignominia del injusto suplicio de Rouen por innumerables altares levantados en sus templos y en los corazones de sus hijos.

OMER EMETH.



UN SABIO FRANCÉS ANTE LA ACADEMIA

MR. BERTHELOT

EL discurso de recepción pronunciado por el ilustre periodista Mr. Francis Charmes, al ingresar á la Academia Francesa últimamente, ha sido consagrado á la memoria del químico ilustre á quien iba á reemplazar en la corporación. Pasamos á reproducir lo más importante de una pieza literaria que ha llamado, con justicia, la atención del público.

Soy poca cosa, bien lo noto, al lado del Señor Marcelino Berthelot, dotado de imaginación audaz, y de método seguro, investigador infatigable; inventor de fecundidad ilimitada, derramó sobre el mundo beneficios que se renuevan y se multiplican sin término. Feliz aquel que después de largos años consagrados á la misma obra, puede tributarse á sí mismo, y merecer de los demás, el precioso testimonio que nadie niega á Mr. Berthelot, á saber, que su vida haya sido útil y buena. Pero no habría dicho todo lo que pienso, ni lo que pensais vosotros mismos, si no agregara que ha sido marcada con un sello de grandeza. Nuestro agradecimiento no se dirige al Señor Berthelot solamente por los buenos materiales que ha creado para nosotros; le agradecemos también el haber nos dado una idea más elevada y una impresión más fuerte de lo que puede el espíritu humano bien dirigido. Aumentando nuestro patrimonio común, nos ha elevado consigo mismo á una región superior en la cual las riquezas de este mundo, que distribuía generosamente á los demás, sin tocarlas, no tienen sino un valor secundario. La ciencia sola le parecía digna de ser amada. En el exceso de su confianza en ella, ha terminado por erigirla en su dios, y por creer que ella le bastaba para todo. Quizás, á fuerza de ampliar sus límites, los ha perdido de vista. Pero si no ha edificado enteramente la ciudad ideal, en la cual se complacía su espíritu severo, fuera de las viejas creencias sin las cuales la humanidad no ha encontrado manera de vivir, ha hecho mejores las condiciones de la vida en ésta en que nos hemos quedado. Y, ¿quién sabe si para ejecutar grandes cosas no es menester soñarlas ó intentarlas más grandes todavía?

La juventud de Berthelot

No me detendré mucho en los primeros años de Berthelot. Nació en París en 1837. Su padre, hijo de un aldeano de Loiret, voluntario en 1792, era médico distinguido, compasivo con todas las miserias, pródigo para atenuarlas, de su tiempo y de su trabajo, activo, abnegado, desinteresado. Era, además, un buen cristiano, un galicano de la antigua escuela; ha dicho Renán que lo conocía y experimentaba por él sentimientos de respeto. Era, en fin, republicano. Llegado al Liceo Enrique IV, del cual fué uno de los alumnos más brillantes, Mr. Berthelot obtuvo, en 1846, en el concurso general de los Liceos de Francia, el premio de honor de filosofía. Concluidos sus estudios, surgió el problema de cuál carrera escogería. Podía escoger, en efecto, porque sentía inclinación á todos los estudios y parecía en condiciones de triunfar en todos. Su buena inspiración, y acaso los ejemplos que hallaba en su familia, le hicieron preferir las ciencias.

Sus años de aprendizaje no tardaron en convertirse en años de creación. Siguió el curso completo de medicina y entró sucesivamente como preparador en los laboratorios de los químicos Pelouze y Balarud. Allí, en situación modesta, en medio de trabajo encarnizado, fué cuando su genio se reveló de golpe, y su nombre comenzó á extenderse. Ignorado la víspera, fué pronto buscado con curiosidad, con

benevolencia, con simpatía. Defendía la independencia de su vida y sus amigos le alentaban.

"Le aconsejaban que evitara el mundo, escribía una mujer de ingenio, y junto con esto, se pusiera en guardia en contra de los salones".

A veces, sin embargo, franqueaba con reserva recelosa el dintel de esos lugares prohibidos. La Señora de quien hablaba consiguió atraerle á su casa, y dejó de él un boceto original. Corría el mes de Enero de 1861.

"Daba, dice ella, una gran comida, y tenía más gente que de ordinario, entre otros un joven sabio amigo de Michelet, de quien creo haber hablado. Le debía mayor solicitud á causa de su vida retirada y de su reserva extrema. Parece tímido; tiene figura dulce y muy interesante. Me agradó mucho la conversación del Señor Berthelot. Si tengo una pena, es la de no poder seguirlo al terreno de la ciencia; ha hecho grandes descubrimientos en química, y publicado dos enormes volúmenes que están lejos de mi alcance; ignoraba hasta su lenguaje. Por otra parte, no es ajeno á cosa alguna. Ha recibido una educación muy literaria: no le falta sino vestirse y presentarse como todo el mundo. Su madre es muy devota, muy católica. Le ha mantenido bajo su severa férula. Ese yugo ha pesado sobre él hasta los veinte años; ahora tiene treinta y dos..."

Los volúmenes á los cuales se alude en esa carta son nada menos que "La Síntesis química" su obra capital, quizá la más valiosa del ilustre sabio.

La Química, Ciencia Francesa

Si la ciencia no tiene patria, tiene, por lo menos, un origen: se puede afirmar, con ese título que es ciencia francesa. Antes de Lavoisier, no era sino colección de recetas. Ese grande hombre, el más grande entre todos, la hizo ciencia, pero solamente ciencia de análisis.

"La química, ha dicho, al someter á experimentos los diversos cuerpos de la naturaleza, tiene por objeto descomponerlos y ponerse en estado de examinar separadamente las diversas substancias que entran en sus combinaciones. La química marcha, pues, á su fin y hacia su perfección al dividir, sub-dividir y resubdividir todavía".

Lavoisier se engañaba: si ese es el punto de partida de la química, no es ni su fin último, ni su perfección. Después de haber descompuesto los cuerpos y de haberlos llevado á sus elementos irreducibles, la química debe tratar de reconstituirlos. Reconoció, entonces, que había diferencia esencial entre los productos de la naturaleza mineral y los de los cuerpos vivos, animales ó vegetales. Los primeros se recomponían fácilmente: al contrario, todos los esfuerzos fracasaban cuando se intentaba hacer con los últimos una operación análoga. Los químicos de ese período dedujeron, con estrema precipitación, que los productos de los cuerpos vivos obedecían á otra ley que los de la naturaleza mineral; creyeron que se necesitaba vida para producirlos y atribuyeron esa facultad á lo que llamaban "el principio vital". Berzelius escribía en 1848:

"En la naturaleza viva, los elementos parecen obedecer á otras leyes que en la naturaleza inorgánica; no tenemos esperanza de descubrir su llave".

Esa llave, por oculta que estuviese, Berthelot supo hallarla. Fué el primero que consiguiera, con ayuda del arco eléctrico, reconstituir en abundancia los productos de los cuerpos animados. Entonces el principio vital se desvaneció, como todo lo inútil. El principio meramente mecánico ha triunfado, y la ciencia ha dado un paso hacia la unidad de las leyes de la materia.

Pero no debemos exagerar las cosas. Se ha dicho que antes de Berthelot la química era ciencia de muerte y que él la convirtió en ciencia de vida: él mismo no abrigaba semejante pretensión.

"Nunca el químico, ha dicho, pretenderá formar en su laboratorio, y con los instrumentos de que dispone, ni una hoja, ni un fruto, ni un músculo, ni un órgano. Son estas cosas que dependen de la fisiología; á ella le toca discutir sus términos, desvelar las leyes del desenvolvimiento de los seres vivos, sin las cuales ningún órgano aislado tendría ni razón de ser ni medio necesario para su formación".

Es una fábula eso de que el Doctor Fausto hiciera la vida de sus crisoles.

La ciencia de la vida

Cosa curiosa, y en un principio desconcertante: los elementos constitutivos del mundo mineral son relativamente numerosos, y los del mundo animal y vegetal mucho más raros. Ha necesitado la naturaleza más de ochenta cuerpos simples para organizar el mundo mineral y cuatro le han bastado para componer todos los vegetales y todos los animales. Si se mezclan algunos otros elementos, es en cantidades bastante débiles para que podamos descuidarlas aquí. Ese fenómeno paradójico se opera por medio de tres gases: el oxígeno, el hidrógeno, el azoe, y un cuerpo sólido: el carbono. Así cuanto vemos nacer, crecer, declinar y morir: las yerbas, las flores, las cosechas de nuestros campos, los árboles de nuestros bosques; los animales que pueblan la extensión de la tierra ó las profundidades del mar; nosotros mismos, en fin, cuyo cuerpo obedece á las leyes generales de la naturaleza animada, en una palabra, todo lo que vive ó simplemente vejeta, se compone uniformemente de oxígeno, de hidrógeno, de azoe ó de carbono. Es la materia de los cuerpos vivos lo que Mr. Berthelot, después de haberla descompuesto por el análisis, ha reconstituido por la síntesis: cuerpos grasos, ácidos vegetales, alcoholes, carburos, etc., y los resultados de esos descubrimientos continúan produciéndose casi á lo infinito, con una abundancia que ha permitido decir:

"El dominio en el cual la síntesis química ejerce su poder, es mayor que el de la naturaleza actualmente realizado".

Los colores y los perfumes

Esta riqueza de creación se encuentra en todas partes. Los antiguos químicos, cuando analizaban y reproducían los colores minerales, los sacaban de los elementos más diversos: el hierro daba la sanguinea; el cromo, el amarillo; el cobalto, el azul; el arsénico, el verde, etc... A ejemplo de la naturaleza, el Señor Berthelot ha obtenido colores infinitamente más numerosos y más brillantes con los solos cuatro elementos que componen los vegetales, y puede calcularse en centenares de millones el producto de los colores anualmente fabricados desde entonces. El químico, por una sucesión de tratamientos delicados, ha dado nacimiento á toda la serie de colores de anilina ante los cuales palidecen las flores de los jardines. La química de las retortas sobrepasa á la de las células vivas. ¿Y qué decir de los perfumes? El sol del medio día hace abrirse rosas y violetas que no tenían rivales, ¿habrá de durar esto siempre? Ya el horno del laboratorio hace al sol una competencia terrible. En el dominio de los productos farmacéuticos, las conquistas de la síntesis no son menores. Sin duda los antiguos remedios vegetales, la morfina, la quinina, guardan su eficacia y su prestigio; más ¿quién podría ignorar, al lado de ellos, la antipirina, la analgesina, el pyramidón, la estovaina? ¿Hablaré de los progresos rea-

lizados por la iluminación de acetileno, uno de los primeros carburos de hidrógeno debidos á la síntesis química?

El Mundo en el año 2,000

"El porvenir de la química, decía Berthelot en un discurso, será mas grande aún que su pasado".

Y el sabio, con su pensamiento, trataba de prever lo que sería el mundo en el año 2,000, es decir, mañana. Daba una mirada á la tierra, y la desconocía. No más rebaños, ni pastores para guardarlos; no más cosechas, ni viñas, ni cercados; y naturalmente, ni viñateros, ni labradores, ni obreros de ninguna especie. La tierra sólo estaría dispuesta para el agrado de la vista. No más minas, ni mineros, ni huelgas. Habiendo desaparecido las aduanas con las fronteras, no más proteccionismo, ni rivalidades nacionales ni guerras. Todos los hombres estarían fraternalmente reconciliados. ¿Quién habría efectuado estos milagros? El químico. Dios había condenado al hombre á ganarse la vida con el sudor de su frente, pero el químico le ayudaba, dándole gratuitamente los productos necesarios á su alimentación. ¿Qué cosa más sencilla? Puesto que estamos formados de cuatro elementos que abundan en la naturaleza, ¿sería tan difícil á la síntesis química reconstituirlas, en forma de alimentos, las cantidades que perdemos? Cada uno se llevaría por la mañana su tableta azoada, ó su jofaina grasa y la felicidad sería perfecta. La cuestión social quedaría resuelta. No teniendo qué hacer, los hombres se consagrarán desinteresadamente á la investigación de lo bello y de lo bueno, á la práctica de las artes y a las especulaciones sin término de la filosofía.

Discurrirán, como los sabios antiguos, debajo de los árboles. Concluirán las guerras y los hombres ganarán en dulzura y moralidad á medida que dejen de vivir por la carnicería.

Y, sin embargo, una duda queda en el fondo de su alma: ¿se descubrirá también una química espiritual que cambiará la naturaleza moral del hombre tan profundamente como nuestra química transforma la naturaleza material?

La Thermo-química

Si Lavoisier hizo de la química una ciencia, Berthelot hizo también otra con la thermo-química. En su obra grandiosa de síntesis química había sido guiado por un principio filosófico general, el de la unidad de las fuerzas naturales y de las leyes á que obedecen. ¿Y cómo se podría medir esas fuerzas, en rigor? Tal es el objeto de la Thermo-química.

Los cuerpos colocados en presencia unos de otros, ya quedan inertes, ya, por el contrario, bruscamente se combinan; ya presentan los fenómenos de una reacción, débil y lenta que se prosigue por meses. Limitáronse, durante largo tiempo, á constatar esos contrastes: los cuerpos, se decía, tienen unos hacia otros afinidades aparentes. Esas afinidades Berthelot no las ha explicado, pero ha calculado su intensidad. Ha demostrado que podía dárseles como medida las cantidades de calor desprendidas en las reacciones, y, por consiguiente, evaluar las energías químicas por medio de las mismas unidades que las energías mecánicas.

Los infinitamente pequeños de la tierra

Durante los últimos veinte años de su vida, las predilecciones de Berthelot se inclinaron á la química vegetal. Creó, en Meudón, un laboratorio botánico, en el cual ha profundizado la acción de los agentes naturales, y sobretudo de la electricidad, sobre la vegetación. El problema de la alimentación azoada de las plantas retuvo particularmente su atención. Durante largo tiempo, no se conoció otro procedimiento para devolver al suelo cansado su fertili-

dad primitiva que el dejarlo reposar ó el abonarle: era el azoe lo que obraba sobre él. Berthelot se preguntó si no había un medio más rápido ó más sencillo de asegurar á la tierra los beneficios de un gas reconstituyente. Gracias á débiles tensiones eléctricas, ha fijado el azoe del aire sobre las materias orgánicas; gracias á más fuertes tensiones del efluio, ha fabricado artificialmente nitratos combinando el azoe y el oxígeno del aire, experimentos sugestivos que han abierto la vía á la producción de abonos químicos por la electricidad. Pero, ¿cómo el azoe obra sobre el suelo arable ó sobre las plantas? Berthelot ha encontrado un fenómeno nuevo: la fijación del azoe por los infinitamente pequeños. Los trabajos y los descubrimientos de Pasteur habían atraído su atención. El mundo de los microbios le había interesado apasionadamente. Volviendo á la tierra notó, al examinarla de cerca, que los infinitamente pequeños hormiguean, y exclamó:

—La tierra es algo vivo.

No le creyeron al principio; sus ideas fueron vivamente discutidas; fué menester, al fin, entregarse á la evidencia. Sus investigaciones han servido de punto de partida á un modo de fertilización que permite reemplazar los abonos químicos con semilleros de cultura ricos en microbios fijadores de azoe. La agronomía debe mucho al señor Berthelot.

El sabio desinteresado

Señores, me detengo en esta enumeración. Falta mucho para que yo lo haya dicho todo, pero he dicho lo suficiente para evocar ante vosotros el poder creador del señor Berthelot. Todos vivimos algo de él: nuestra vida se alimenta secretamente de lo que en la suya hubo de fecundo. Le hallamos tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, ¿acaso la vida no se compone de las unas y de las otras? El agricultor que devuelve artificialmente á la tierra la energía que ha perdido; el automobilista que por un camino oscuro pasea por la noche el brillo de su farol de acetileno; el aldeano que en el rincón de su chimenea enciende la vela de estearina; el electricista que inunda nuestras ciudades en la claridad más viva; la mujer de tono con su traje y su sombrero de colores de anilina, cuyos finos matices nos encantan; el enfermo que pide á la antipirina el alivio momentáneo de sus dolores; el artillero que en el campo de batalla, con el ojo sobre su larga-vista, busca en vano las baterías enemigas cuyo estruendo lejano se produce sin humo, todos son deudores, sin saberlo, á Mr. Berthelot. Nos ha prodigado las cosas en abundancia y no ha conservado nada para sí. Jamás quiso tomar una patente de invención. Recordaba, á este respecto, una leyenda de la edad media respecto á los alquimistas y los brujos: Sueños de un talismán mágico, el poder se perdía entre sus manos desde que pretendían emplearlo en provecho personal. El desinterés del sabio constituye la nobleza de la ciencia.

—Aquel que rebaja su ideal, decía Berthelot, no tarda en perder el genio necesario para perseguirlo.

"Hace ya medio siglo que alcancé la edad de hombre, decía en 1896, y he vivido fiel al sueño ideal de justicia y de verdad que ha deslumbrado mi juventud. El deseo de encaminar mi vida hacia un fin superior, aún cuando fuera inaccesible, no se ha enfriado ni calmado con los años. He tenido siempre la voluntad de realizar lo que yo creía lo más moral para mí, para mi país, para la humanidad. Nunca he consentido en considerar mi vida como de fin limitado, para buscar una situación definitiva ó una fortuna personal que termine en el reposo; y un goce vulgar me ha parecido el más fastidioso fin de la existencia. La vida humana no tiene por objeto el correr tras de la felicidad".

El hombre que ha podido escribir estas

líneas, sin que nadie pudiese oponerle la más mínima reserva, es digno de profundo respeto.

La amistad con Renán

Su espíritu se ha formado á sí mismo, siguiendo su ley normal, fuera de todas las influencias exteriores. Un hombre, sin embargo, ha ejercido sobre su vida huella tanto más fuerte cuanto que estaba hecha de seducción y de encanto, y que se ha ejercido sobre él bajo forma dulce, seria, grave, á la cual debía permanecer sensible toda su vida. La amistad de Mr. Berthelot y de Ernesto Renán ha sido célebre. Ellos mismos la han mencionado en términos en que ponían su corazón entero. Renán acababa de abandonar el Seminario y daba repeticiones en una pensión modesta. Fué allí donde por primera vez ambos jóvenes se reconocieron como hermanos y se amaron. Sintiendo como pertenecían á la aristocracia de la inteligencia respetaban, el uno en el otro, la dignidad de su porvenir.

"Jamás hubo entre nosotros, exclamaba Renán, ni diré una displicencia, ni una vulgaridad siquiera. Hemos procedido el uno para con el otro como con una mujer á quien se respeta..."

El optimismo y el pesimismo

El uno había nacido optimista, pesimista el otro; hecho el uno para la felicidad, el otro para la melancolía. Y los rasgos de sus caracteres se hallaban tan fuertemente diseñados que la vida, en vez de atenuarlos, acentuaba su relieve. Se ha publicado su correspondencia; es muy hermosa, hermosa por el pensamiento, que es siempre elevado, y por la expresión, siempre pura y noble. Escuchémosles:

"Mi experiencia de la vida ha sido dulce, dice Renán, y no creo que hayan existido, en la medida de conciencia que comporta nuestro planeta, muchos seres más felices que yo... No he hallado en mi camino más que hombres excelentes. La existencia que me ha sido dada, sin que yo la hubiera pedido, ha sido un beneficio... No he sufrido nunca mucho. No dependería sino de mí el creer que la naturaleza, benévola, me ha puesto cojines para evitarme los choques demasiado rudos... El siglo en el cual he vivido no habrá sido acaso el más grande, pero sí el más entretenido de los siglos. A menos de que mis últimos años no me reserven penas bien crueles, al decir adiós á la vida no tendré sino dar gracias por el paseo encantador que me haya tocado dar al través de la realidad".

Confiado en la vida, despreocupado de la muerte, dando á su filosofía, á medida que se acercaba al término, una forma más sonriente y satisfactoria, tal ha sido Renán. ¿Cuán diferente Berthelot!

"Nunca, dice, le he dado pleno crédito á la vida: encierra demasiadas dudas y eventualidades irreparables. De aquí una impresión de tristeza y de inquietud que no he cesado de llevar á todas las condiciones de mi existencia, y que fué más viva en mi juventud, porque no había adquirido aún esa serenidad que procura la vista del término más y más próximo. Mi primera infancia, más bien enfermiza, me ha dejado el recuerdo de días penosos antes que de días felices. A medida que mi conciencia personal se ha desenvuelto, han acrecido mis inquietudes. Desde temprano, á los diez años quizás, me atormentaba la inseguridad del porvenir. Después, no he gozado nunca plenamente del presente... Ahora que mi vida arraigada y consolidada por los años no deja lugar á esos fastidios, es ya demasiado tarde para volver á la despreocupación alegre de la juventud. La tristeza de hijos y padres desaparecidos, el disgusto de las traiciones, de las decepciones, de la impotencia de alcanzar el fin absoluto encerrado en el fondo de toda existencia humana, todas esas causas reunidas no me permiten, á mi edad, el pleno goce del presente. No es ya

mi propio destino el que me inquieta, sino el destino de los que amo. En todo caso, el recuerdo del pasado, aún feliz, está mezclado con demasiadas amarguras para que nos entreguemos á él sin reservas. Hé aquí por qué me he refugiado siempre en la acción para luchar contra la desesperanza. Hé aquí por qué necesito apoyarme en afectos puros y queridos, entre los cuales el de Renán ha sido de los más profundos".

La queja de Job no es más amarga, y nos encontramos ya lejos del alegre aleya de Renán. Pero, si no era la similitud de los caracteres ni la común impresión causada por el mundo en ellos, ¿qué cosa acercaba tan íntimamente á los dos amigos? Era, sin duda, el atractivo que dos naturalezas igualmente elevadas y delicadas debían ejercer la una sobre la otra; era la reducción de ideas filosóficas comunes, á las cuales daban soberana importancia; era un amor ardiente y exclusivo á la ciencia.

El hombre moral

...En su laboratorio es grande. No soy yo, ciertamente, quien niegue los servicios de la ciencia. Sus progresos han entrado por mucho en los de la civilización. Sin embargo, la civilización comprende muchas cosas, y, si la atención se encamina de preferencia al elemento moral que forma parte integrante de ella, no me parece que los progresos de la moralidad hayan marchado, en los últimos tiempos, con los mismos pasos de gigante que la ciencia. El hombre, por más que se diga, ha cambiado poco. Ha creado, para su uso, instrumentos maravillosos con los cuales ha sondeado y medido el universo. Ha atravesado los continentes, y los mares y los aires con movimiento rápido y seguro que no ha sido sobrepasado sino por aquel que

supo dar á su pensamiento y á su palabra á través del espacio. Más, si se le considera en sí mismo, si se le aísla de todas esas máquinas ingeniosas y potentes, aparece tan débil, tan inquieto, tan agitado, tan devorado de deseos insaciados como le pintaban los antiguos moralistas. Sus miserias, sus tormentos, sus temores, sus aspiraciones, han quedado unos mismos. Berthelot ha sentido, como los demás, sus puntas agudas y desgarradoras. Nada podría impedir la queja dolorosa que parte de las profundidades de la humanidad subiéndolo al cielo á una altura hasta la cual la ciencia misma no podría seguirla; y, en último término, yo no sé que la ciencia haya secado nunca una lágrima salida del corazón. La voz que ha partido un día de la montaña diciendo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados! Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque serán satisfechos! Bienaventurados los que sufren por la justicia!..."

Esa voz no era la de la ciencia, ¿y quién no deploraría que esas palabras tan dulces de esperanza y de consuelo no se hubieran pronunciado? ¿Cómo la ciencia sola pudiera satisfacer la inmensa sed de certidumbre y de consuelo que á la humanidad afije? Ella no tiene nada que decirnos, ó poca cosa, sobre nuestros orígenes, sobre nuestros destinos; y en cuanto á la idea de justicia, ¿dónde la descubriríamos en la naturaleza, su único objeto, que no es seguramente ni justo, ni moral, ni tierno para con los débiles, ni severo para con los fuertes que abusan de su fuerza?

El último día

¿Referiré su último día? Los detalles os son conocidos. No he dicho aún cual había sido la gran felicidad de la vida de

Berthelot: era el haber encontrado en su juventud una mujer que, por sus cualidades morales, su inteligencia, su bondad, su belleza, era digna de él, y de ligarsele con los lazos de un matrimonio que un afecto mutuo hace tan dulces y fuertes. El afecto del señor y de la señora Berthelot, el uno por el otro, parece haber sido una armonía preestablecida: formaba parte de su naturaleza. La señora Berthelot no vivía más que para su marido, y él, terminado el día de trabajo, la buscaba inmediatamente. Nunca unión fué más perfecta. La muerte misma no pudo romperla. Había señalado ya á la señora Berthelot como víctima próxima; la pobre mujer lo sentía y todos lo veían.

"No sobreviviré á tu madre," decía Berthelot á sus hijos, en tanto que ella murmuraba:

—¿Qué será de él cuando yo no esté?..."

Preocupación inútil. El señor Berthelot no debía sobrevivir á la mujer que amaba. Le cerró los ojos, puso un beso último sobre su frente aún tibia, y pasó á la pieza vecina, sentándose en su sillón como cuando estaba cansado. Dió un suspiro doloroso. Acudieron y había cesado de vivir. Un mismo golpe los había herido, y pudo verse qué sensibilidad tan honda se ocultaba en aquel corazón profundo, que el amor á la ciencia no había llevado sola.

Dos seres que no habían querido separarse, ni en la vida ni en la muerte, no podían serlo en la tumba. Les enterraron juntos al señor y á la señora Berthelot. Este fin, que en otra época hubiera enjendrado leyendas, pone una nota conmovida al término de una vida laboriosa y austera, y parece que asocia cuanto hay de más puro en la ciencia á lo más tierno de la humanidad.

Francis CHARMES

De la Academia Francesa



LOS LIBROS NUEVOS

La Revolución Turca.—Por Víctor Bérard.—(En francés).—Librería Colín.—Decididamente ya todos los Estados Europeos han entrado por el régimen constitucional. Hasta los turcos, la tierra por excelencia del despotismo y de los jenfazos, cuenta con su Parlamento, sus oradores, sus Ministerios responsables.

Turquía es la piedra angular de la paz europea: de aquí la importancia de la reforma de su régimen interno, de su administración y de su justicia, en pro de lo cual lucha el Partido de la joven Turquía desde hace largos años.

La inteligencia entre Austria y Rusia, desde 1896, en los Estados Balcanicos "para la defensa del statu-quo y de la paz general" ha sido el punto inicial, trayendo consigo las reformas de Macedonia.

En 1905 se inició en Turquía la reforma financiera, llegando al arreglo de los impuestos que devoraban el imperio.

Este libro permite comprender el desarrollo de la política actual y estudia extensamente la historia del país.



Palpitaciones de Vida.—Por F. Santivan.—Es una colección de hermosos cuentos debidos á la pluma del joven y ya distinguido escritor cuyas páginas han saboreado tantas veces los lectores de *Zig-Zag*. El señor Santibáñez tiene fé en las letras y en el arte, dedicándoles sus mejores inspiraciones. Comienza la vida con todos los ideales de un alma joven. Su literatura tiene sabor primaveral.



Cosas de Día.—Por Anibal Celedón.—Es una recopilación original y amena de

observaciones sugeridas al autor sobre los asuntos de ocurrencia diaria. Compartimos algunas de sus observaciones, como la siguiente: "Se prepara una nueva edición de la gramática académica española, ese desgraciado producto de la real corporación literaria de Madrid, tan caracterizada por sus escasos conocimientos filológicos".



Ramillote Infantil.—Colección de poesías escolares de Don Domingo López T.



Los fragmentarios.—En un folleto de 130 páginas ha reunido el Señor Pedro Sonderéguer cinco estudios sobre La Bruyère, Pascal, Marco Aurelio, La Rochefoucauld, Leonardo da Vinci, estudios que se distinguen por la fineza del análisis y la sabia comprensión de los complejos caracteres de estos pensadores que el autor llama fragmentarios, por no haber desarrollado sus ideas en forma de libros, sino en una serie sucesiva de sentencias.

El fragmentario, dice Sonderéguer en las consideraciones con que termina su libro, el fragmentario tiene una organización cerebral vulgar, puesto que saber razonar es una facultad de aristocracia, unida á una incomparable potencia de penetración. El que escribe fragmentos tiene condiciones de animal subterráneo. Saber huirse, como un bravo minero, hasta lo más hondo del fondo del corazón del hombre—eso es ser fragmentario.

Y en su Prólogo: "Esta es una polémica y, como tal, va en busca de almas que conozcan el agri dulce de las meditaciones, que estén templadas al suave calor de la

dialéctica, que sean ideoclastas, ideíferas, audaces. Espero que esas almas, cuyo número, sea con franqueza dicho, no es muy grande en nuestra América, la acojan como el mejor presente que en este momento de mi vida puede hacerles mi vanidad de escritor. Frutos más jugosos podré ofrecerles en futuras estaciones. Para mí es época de siembra".



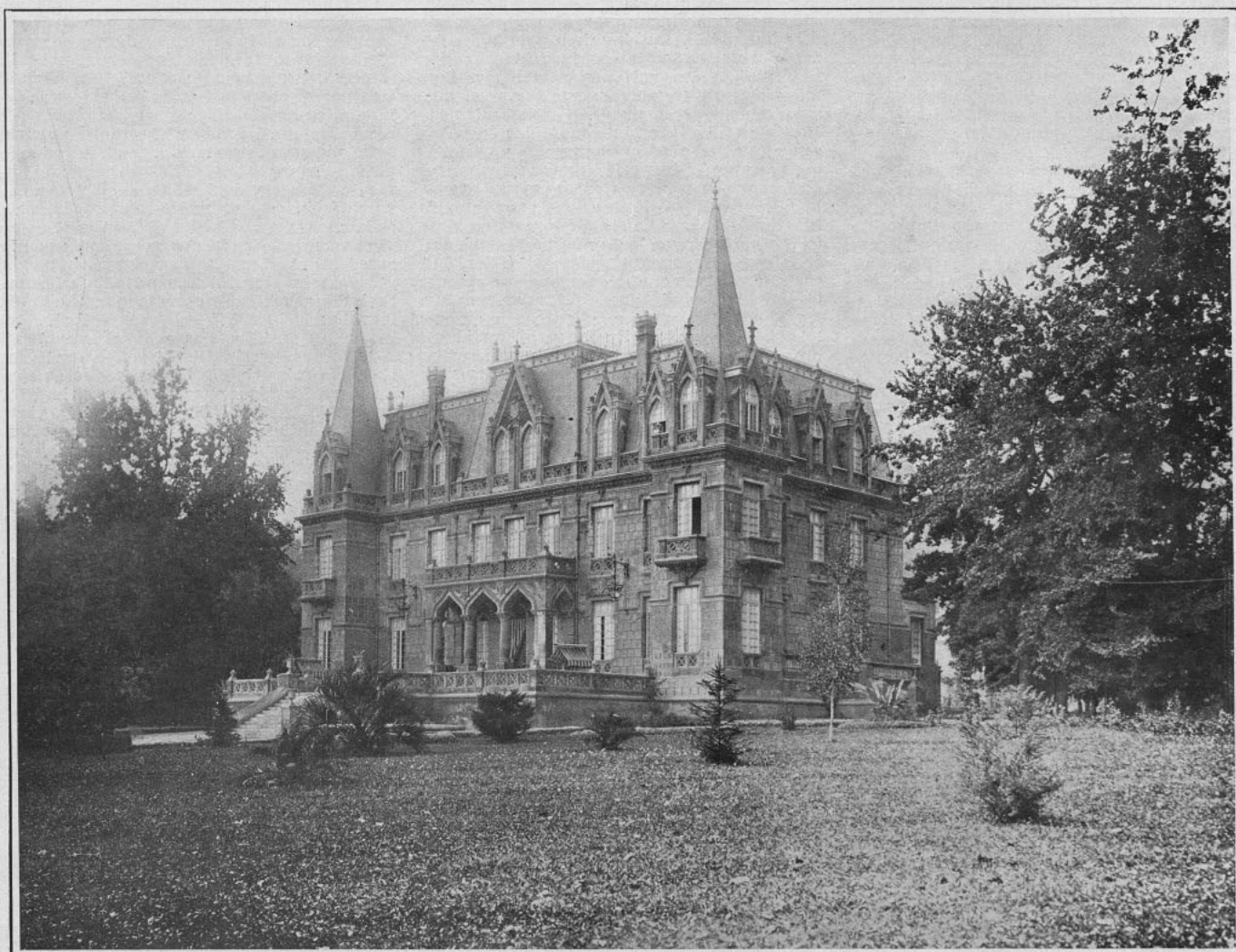
Telegrafía del Pensamiento.—Por Camilo Flammarión.—Madrid.—Traducción española. Continúa el estudio de las fuerzas desconocidas, y trae las experiencias del Conde Gasparin, las investigaciones del profesor Thury, las experiencias de la Sociedad Dialéctica de Londres y las de Sir Williams Crookes. Las de este último son particularmente interesantes así como las fotografías de los espíritus. Este género de experimentos nuevos, en que se aplica la voluntad y fuerzas enteramente psicológicas sobre la materia inanimada, para hacerla ejecutar movimientos, presenta el mayor interés.

Se establece, de una manera concluyente, este hecho importante: que hay una fuerza que procede del sistema nervioso y que es capaz, en la esfera de su influencia, de dar á los cuerpos sólidos movimiento y peso.



Los Constituyentes de la República Española.—Por Miguel Morayta.—Ollendorf.—París.—Es una historia de la República en España. Vemos cómo llegó á constituirse y sus debilidades y achaques, mediante los cuales vino la restauración de la monarquía con Alfonso XII.

La Vida en el Campo



Pirque



Don Francisco Subercaseaux

ha recibido considerable impulso gracias al apoyo financiero de las instituciones bancarias que este distinguido caballero ha dirigido. En la agricultura, ha sabido implantar, con el mayor acierto, valiosísimas industrias, como las de pasto aprensado. El establecimiento de este género, organizado por él en Pirque, puede ser considerado como un modelo en su género, por la disposición, la maquinaria perfeccionada que en él se emplea, las condiciones en que los trabajos

se ejecutan. Su producción es de primer orden, tanto por el número de fardos que anualmente se elaboran como por la excelente calidad del pasto, escrupulosamente preparado. Elabora 102,000 quintales métricos anualmente, vendidos a \$ 6.40

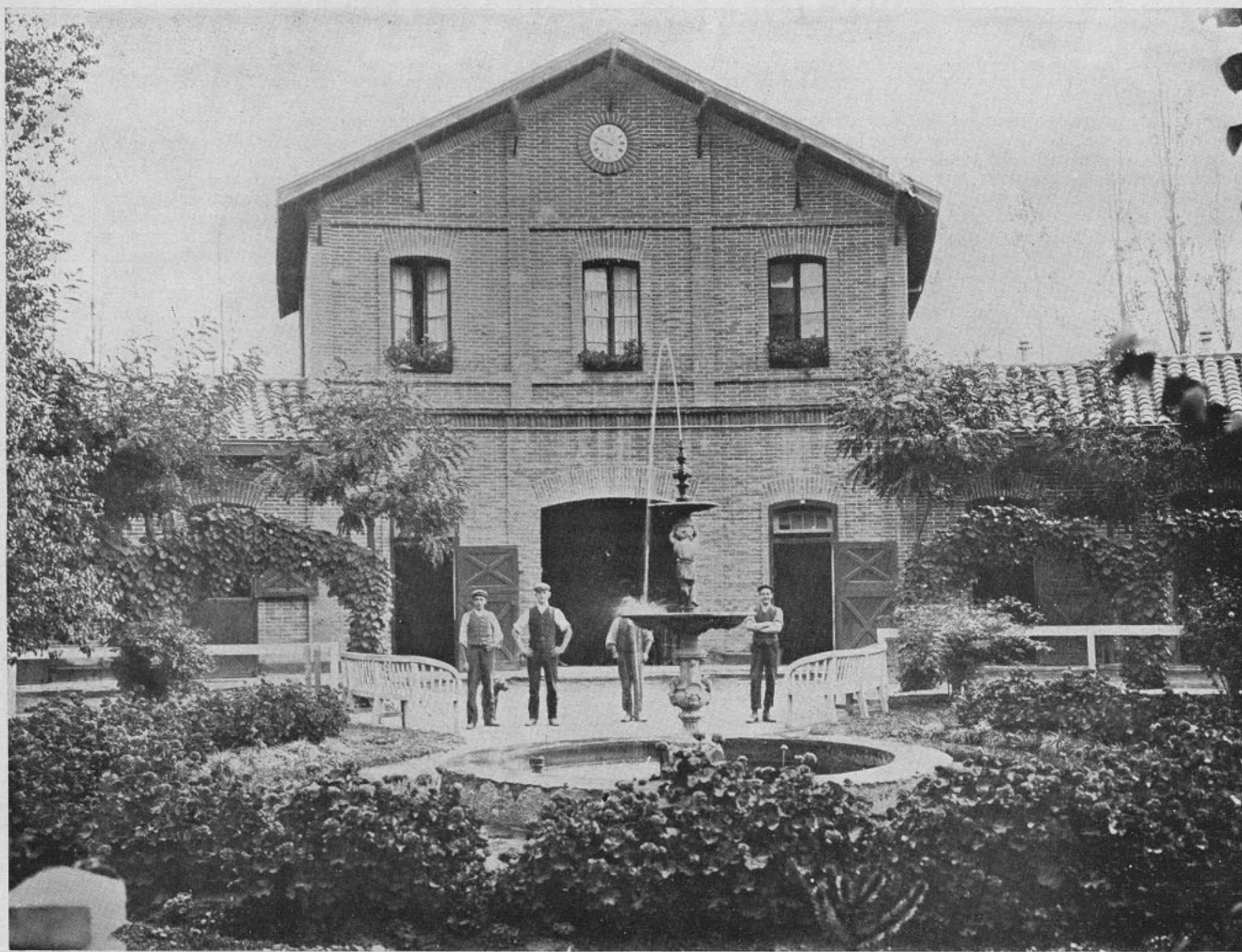
Su extensión es de ochocientas cincuenta cuadras y emplea 350 trabajadores. Existe un magnífico criadero de animales finos.

Pirque es un gran fundo así por su extensión cuanto por los capitales invertidos. Sus establos, sus bodegas, todo se encuentra a la altura de las mejores explotaciones agrícolas europeas y norte-americanas.

Sus casas son suntuosas o más bien palacios, y realizan el ideal del *gentleman-farmer* de Inglaterra; son habitaciones en las cuales existen cuantas comodidades sean apetecibles. En ellas puede habitarse cómodamente el año entero y no se concibe el *ausentismo* de que tanto suele quejarse la agricultura.

Su parque ha sido dibujado libremente, aprovechando las hermosísimas perspectivas de la Cordillera de los Andes. Está lleno de avenidas y presenta un aspecto encantador.

Las instalaciones agrícolas no dejan nada que desear en punto a solidez y aprovechamiento de las diversas y variadas industrias de este fundo.



PIRQUE.—Caballerizas de animales finos

DON JOSE ALFONSO

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE CHILE, 1875-1878

EL servicio de la diplomacia es uno de los más ingratos: pocas veces se reconocen sin discusiones sus resultados felices, y generalmente solo se habla de sus descalabros ó de sus errores, que los críticos de los negocios públicos abultan y exageran adrede. Un diplomático de buen juicio no puede hacer confidente al público de los obstáculos que encuentra en su camino, ni de las malas voluntades que se ve obligado á vencer: ni siquiera le es posible hacer mérito de sus triunfos, porque la dignidad de las naciones extranjeras, sean grandes ó pequeñas, exige miramientos y consideraciones que no es prudente herir.

Los documentos oficiales no expresan más que la fisonomía convencional de los sucesos: su verdadera comprensión se encuentra en la acción particular de los diplomáticos, en la iniciativa de sus determinaciones y en la historia reservada de la tramitación de los asuntos internacionales. Pero estos detalles, que son los que dan colorido y expresión al cuadro, son también, precisamente, los que borra y se lleva el tiempo.

Los que creen saber la historia de nuestra diplomacia por la lectura de los documentos oficiales, no conocen, en realidad, más que una parte de ella, y acaso la menos interesante. ¿Qué período, por ejemplo, más agitado y difícil que el de los años que precedieron á la guerra del Pacífico?

Pues, pocos son más ignorados.

Los documentos oficiales no reflejan sino superficialmente la excitación del reducido círculo diplomático; y sin embargo, nunca nuestro país ha pasado por una crisis exterior más aguda y peligrosa, desde la época de la independencia. La política precursora de Portales, de que tanto han tratado los historiadores, fué aventajada por los hombres que en aquellos años tuvieron en sus manos la dirección de los negocios exteriores. En la rivalidad entre Portales y Santa Cruz, aquel tuvo en su favor el apoyo de los gobiernos argentino y ecuatoriano, y de mucha parte de la opinión pública de los mismos pueblos de la Confederación; mientras que en el tiempo indicado, todos los países que nos rodean estaban mancomunados expresa ó tácitamente en contra del nuestro. Portales, además, gobernó sin oposición, y se comprende la ventaja de un gobierno que tiene libre y desembarazada su acción en el interior; mientras que los gobernantes de 1872 á 1879 tuvieron que luchar con partidos políticos fuertes y disciplinados.

Aquí delante de mí, en un montón de cartas y de documentos privados, tengo la historia íntima de aquel período grave, historia que los relatos oficiales no han podido dar á luz y que, por consiguiente, el público desconoce. La lectura de estos papeles muestra el ansioso estado de ánimo de sus autores, que, conociendo los riesgos que amenazaban al país, pesaban toda la responsabilidad de sus actos, y que, no obstante, aparecían tranquilos y fríos á los ojos de los extraños, como esos capitanes de buques que disimulan sus temores para no desalentar á la tripulación. Su patriotismo parece haberse transfundido en estas páginas, y las calienta, por decirlo así.

No es fácil decir cuál de los cuatro hombres que manejaron entonces la diplomacia de Chile fué el que más se distinguió y señaló, porque, en realidad, su plan político fué uno solo, seguido con igual constancia y entereza, al través de las más variadas dificultades. La política, por pasar de unas manos á otras, no torció el rumbo recto, y gracias á esta uniformidad y á esta continuación de procedimientos se salvó de los peligros el país. Bajo este aspecto, los Presidentes Errázuriz Zañartu y Pinto, y los Ministros Adolfo Ibáñez y José Alfonso, merecen la gratitud y la honra de la posteridad. Forman un grupo homogéneo de hombres ilustres, unidos por la comunidad del pensamiento y de la acción, solidarios unos de otros é inseparables ante la historia.

Entre las cartas á que aludo, las hay de todos los agentes diplomáticos del gobierno de Chile. Cada uno suministra minuciosas informaciones sobre el país en que reside, y el conjunto

de estas informaciones alumbró, como de día, todo el campo de la acción diplomática chilena, así en Europa como en América.

En el viejo mundo no había por entonces negocios muy importantes que atender, salvo el mantenimiento de la paz de hecho con España, la liquidación con Francia de diversas reclamaciones, y la vigilancia sobre los proyectos de expedición contra la Provincia de Arauco del célebre M. de Tounnens, que se titulaba "Orelie-Antoine I, roi d'Araucanie et de Patagonie". Esta aventura, que hoy nos parece grotesca y absurda, preocupó al gobierno, y puso en activa campaña de desbarate á nuestro Encargado de Negocios en Francia é Inglaterra, Don Alberto Blest Gana. Aquel rey de burlas contó con el auxilio de capitalistas ingleses, colocó un empréstito, fletó buques, dictó una Constitución en francés para su reino de la Araucanía, y por poco no terminó la cosa en serio. En América se complicaron á la vez

las cuestiones con el Perú, Bolivia y Argentina, atizadas en secreto en contra nuestra por la mano de un hombre habiloso. Según sus cálculos, la guerra del 79 debió estallar seis años antes, y en esa fecha teníamos que haber sido despedazados por tres enemigos. Si nuestra dirección diplomática no hubiese sido sagaz, previsora y de sangre fría, el conflicto habría estallado en nuestro daño.

Unas cartas particulares del Presidente Errázuriz á su Ministro Ibáñez demuestran que los hombres de gobierno apreciaban bien la situación. "Ya conoce Ud., le dice, mi opinión sobre la cuestión patagónica. El asunto es delicadísimo y debemos hacer el último esfuerzo por conservar el statu quo, evitando el estallido hasta que estemos prevenidos. Piensen ustedes (los Ministros) muy detenidamente sobre la inmensa responsabilidad que contraeríamos envolviendo en una guerra al país hasta ahora indefenso. Necesitamos de muchísima calma y prudencia para proceder sin precipitar un rompimiento". (Colchagua, 1.º Febrero de 1874).

Cuatro días más tarde le repite en otra carta: "Nada debo agregarle á lo que le tengo dicho sobre la cuestión-ocupación de la Patagonia. Una de mis más ardientes aspiraciones es la de asegurar en mi gobierno los derechos de Chile á ese importante territorio, y el medio más seguro de realizarlo es la ocupación de hecho. Sin embargo, debemos evitar á toda costa que sobrevenga algún conflicto internacional hasta que estemos en posesión de nuestros blindados. Para esto no se cansé Ud. de recomendar tino y prudencia, prudencia y tino en grado superlativo". (Colchagua, Febrero 5 de 1874).

Estas breves ideas constituyeron, en síntesis, el programa diplomático de nuestros gobernantes, del que no se apartaron. Á pesar de los ataques de la oposición parlamentaria y de las impacencias de la opinión pública, y el desarrollo de los acontecimientos les há dado la razón.

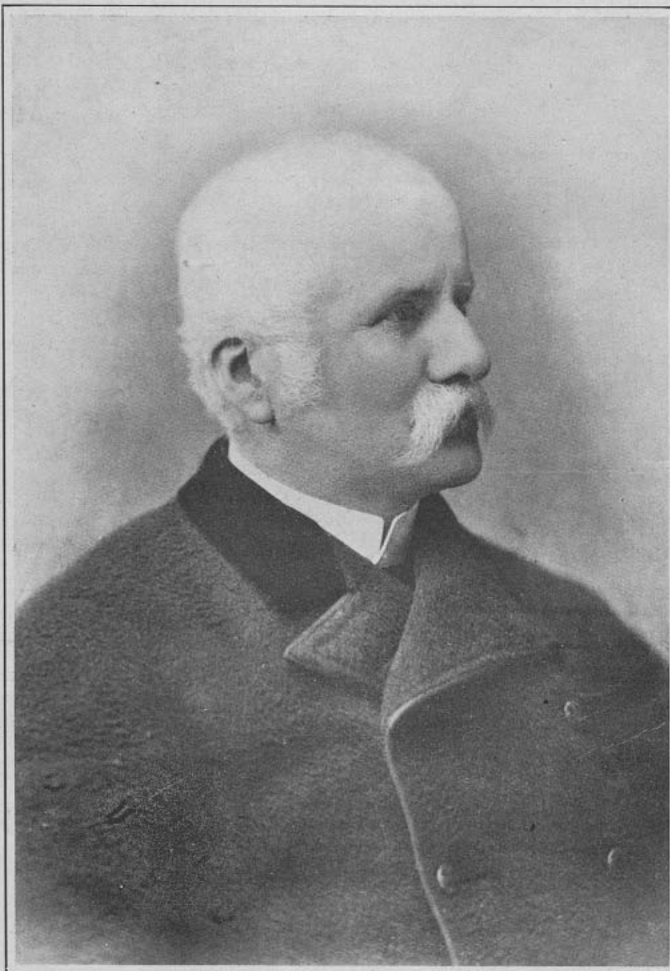
Los agentes exteriores chilenos fueron en aquellos años, en Argentina, Don Guillermo Blest Gana, Don Máximo R. Lira y Don Diego Barros Arana; en Bolivia, Don Santiago Lindsay, Don Carlos Walker Martínez y Don Pedro N. Videla, y en el Perú, Don Jcaquín Godoy. De todos ellos hay interesantes correspondencias, especialmente del señor Godoy, cuya larga permanencia en Lima le dió oportunidad para conocer á fondo las intenciones de la diplomacia de aquella República.

Con Don José Alfonso baja al sepulcro el último hombre de aquel grupo de estadistas, al que tanto debemos los chilenos, dejando su obra entregada á las discusiones de la historia. No cabe duda que él también cometió errores; pero el conjunto de su trabajo es un verdadero modelo de previsión y de celo patrióticos.

¡Descanso final, bien ganado el de este anciano venerable: su sueño será el de los justos!

Tributémosle el homenaje de nuestro reconocimiento y de nuestro profundo respeto.

R. MONTANER BELLO.



Los terremotos de Italia



VERDADERAMENTE desastroso ha sido el terremoto ocurrido en la Italia meridional y en Sicilia el 28 de Diciembre último: más de veinte ciudades han resultado destruidas y gran número de personas (se hacen llegar á doscientas mil) han perecido en la catástrofe.

El fenómeno ocurrió á las 5 h. 20 minutos de la mañana del citado 28 de Diciembre, y fué seguido de una gran onda marina que ayudó á destruir las poblaciones de Messina y Reggio y la mayor parte de las aldeas de uno y otro lado del Estrecho de Messina. Tan completa ha sido esta destrucción que es casi imposible obtener relación alguna coordinada del carácter del terremoto. El centro de la perturbación parece haber residido en el referido Estrecho, pues los faros de las costas se hallan inutilizados, y algunos, como el Pharos de Messina, que se levantaba en el antiguo sitio de Pelorus, ha desaparecido totalmente; y ahora, después de un mes de la catástrofe, se dice que la configuración del mar en esos sitios se ha alterado mucho, habiéndose abierto un cráter en lo profundo de las aguas, cráter que se afirma ha hecho resurgir el antiguo y temible torbellino de Scila.

"Fuit Messina" "Fuit Reggio"

Al describir la tristísima suerte de estas dos grandes ciudades, bien puede emplearse el fuit de los antiguos romanos: **Aquí fué Messina, Aquí fué Reggio.**

En esta última, población de cuarenta mil almas, ni una casa ni una familia han dejado de sufrir la catástrofe; la mitad de los habitantes fueron enterrados vivos, y la desesperación más grande empezó allí en aquellos angustiosos momentos, pues una gran onda, un maremoto (terremoto marino), atacaba á la desdichada ciudad al mismo tiempo que el movimiento sísmico terrestre, completaba su absoluta destrucción. Como si esto fuera poco, el hambre también se enseñoreó de los sobrevivientes de la catástrofe, pues á los dos días siguientes á la calamidad aún no habían sido socorridos, debido al hecho de que las comunicaciones férreas y telegráficas estaban cortadas y ni siquiera pudo darse cuenta del terrible suceso á los lugares más próximos.

Messina, la gran ciudad vecina de Reggio á través del Estrecho, estaba también arrasada, y en ella perecieron más de ciento treinta mil personas, enterradas bajo los escombros, abrasadas por el incendio, barridas por la onda marina. Dormía la población, y sorprendidos los vecinos en sus lechos por el espantoso desastre, aquellos á quienes el derrumbamiento de los edificios no aplastó se encontraron al aire libre sufriendo un tremendo frío y aguantando fuerte lluvia, á todo lo cual se unió la explosión de los tubos de gas, que envolvieron á la ciudad en terrible incendio. También las cañerías del agua, que la población á tanta costa había llevado desde las montañas, se rompieron, y esto hizo que la calamidad de la sed se uniera á las del hambre, la destrucción y el incendio.

Ya nada queda de aquellas ciudades. En un montón de ruinas ve hoy convertido Reggio el poder que allí estableció en tiempos remotos el tirano Anaxilas, poder capaz de desafiar á Siracusa y el mayor de cuantos jamás existieron en la parte de Italia antiguamente llamada **Magna**

Grecia. Y también es sólo un montón informe de escombros y de desolación la bella Messina, aquella temible fortaleza que determinó que Roma se hiciera dueña de Sicilia y pudiera así convertirse en dominadora del mundo.

Los primeros auxilios

A la magnitud de la catástrofe respondió la importancia de los primeros auxilios prestados á los desgraciados supervivientes del terremoto: jamás mostró el hombre valor más hermoso ni mayor presencia de ánimo para improvisar recursos al frente de la adversidad.

Aquellos para quienes Messina ha sido punto de escala en sus viajes al bello país siciliano, recordarán que en la encorvadura en forma de roz del puerto que "dió á la ciudad su antiguo nombre de Zancle, había siempre anclados unos cuantos pequeños botes-torpederos que recorren los mares y lagos de Italia, Estos fueron respetados por la onda sísmica, que en cambio arrojó á los grandes vapores mercantes contra los muelles de Palazzata, sepultando luego vastas masas de esos muelles en el mar. Los pequeños torpederos, al conocer el estado de la población, recorrieron la costa calabresa hasta que encontraron una estación donde el telégrafo estaba aún intacto. Brevemente lanzaron la noticia y pidieron socorro.

El acorazado **Piemonte**, de la flota italiana, se encontraba en el puerto de guerra, y también escapó, aunque su capitán quedaba sepultado en las ruinas de sus oficinas en tierra. Desembarcaron todos los tripulantes del **Piemonte** y dieron comienzo al salvamento de los miles de personas sepultadas vivas. También hicieron algo más, muy importante como función social: restablecer el orden, pues para cruel recrudescimiento de la calamidad, el acurrumbamiento de las paredes de las cárceles había libertado á todos los penados y éstos, sin amedrentarse por lo terrible del espectáculo, se lanzaron al crimen robando á los muertos, empleando la violencia con los moribundos, abusando de los desvalidos y asaltando la Aduana, la estación férrea y las oficinas de Correos.

Entretanto, el mismo acorazado **Piemonte**, después de distribuir sus reservas de víveres y agua, marchaba hacia Nápoles cargado de mujeres y niños heridos y con los hombres de mayor gravedad. No estaba este buque solo en su buena obra, pues la escuadra volante de la flota italiana llegó desde Cerdeña, y las escuadras inglesa y rusa, que providencialmente navegaban cerca, se aprestaron á socorrer á las víctimas, rivalizando noble y amistosamente en realizar los auxilios más peligrosos y difíciles, con gran exposición de las vidas de los salvadores que más de una vez se libraron milagrosamente de ser aplastados por el derrumbamiento de casas cuyas paredes y bases dejó en riesgo inminente el terrible movimiento terrestre. Los grandes barcos ingleses y rusos no sólo vaciaron sus almacenes y prestaron sus tripulaciones para socorrer á las víctimas y ayudar á la policía, sino también condujeron á muchos heridos á puertos de refugio, y los ingleses llevaron además víveres frescos de la isla de Malta.

España, que en socorrer á sus hermanos latinos ha dado elocuentísima muestra de solidaridad humana, mandó oficial-

mente el crucero **Princesa de Asturias**, con personal, material y dinero para ayudar á las víctimas del terremoto, al propio tiempo que la iniciativa privada recaudaba fondos para engrosar el donativo del Estado y el ilustre marqués de Comillas ponía á disposición del Papa Pío X, para los heridos, el transatlántico **Cataluña**, convertido en buque-hospital.

Los Reyes de Italia

Pocas palabras vamos á dedicar en esta triste reseña á Víctor Emmanuel III, rey de Italia, y á su esposa la reina Elena. Sobran todas las frases. Son más elocuentes los hechos hermosísimos de estos soberanos.

La casa reinante en Italia tiene un lema, heroico, nobilísimo: **Avanti, Savoia**. Los jóvenes monarcas de aquel país lo han cumplido con exceso. El rey mandó la mitad de la guarnición de Roma para socorrer á sus súbditos. Y no contento con esto, fué en persona, acompañado por la reina Elena, á Messina, á Reggio, á las más pobres y miserables aldeas; y en todas partes donde hubo una lágrima que enjugar, una herida que vendar, un consuelo que prodigar, un brazo que extender para sostener exánime cuerpo, un regazo que ofrecer á cambio de calor perdido en las ruinas de la catástrofe, allí estaban los soberanos de Italia ofreciendo su regazo, extendiendo su brazo, prodigando el consuelo, vendando la herida, enjugando la lágrima.

—**Abbiamo il Ré! Abbiamo tutto!** (Está aquí el rey: ¡lo tenemos todo!)—decían los desgraciados.

Y no podían decir más porque más no cabe... ¡Dios salve á los reyes de Italia.

La ciencia y la catástrofe

Una de las cosas inexplicables en el gran terremoto que ocupa nuestra atención es que ocurrió después de un largo período de tranquilidad terrestre.

El globo terráqueo está siempre en conmoción. El número de pequeños temblores de tierra alcanza al año á la cifra de treinta mil; pero las grandes sacudidas son limitadas, con la circunstancia, además, de que las vibraciones de esas sacudidas llegan mucho más allá del origen y se registran en los aparatos de medidas de los más lejanos observatorios. Durante los pasados meses, apenas si los tambores de relojería de estos aparatos seismográficos han girado; más, de repente, la calma se interrumpe por una sacudida, que, por la enorme destrucción de vidas y de propiedad que ha causado, se recordará siempre como el terremoto más devastador de cuantos registra la Historia, pues ni aún puede compararse en magnitud en sus resultados el gran temblor de tierra de Lisboa del año 1755 (que fué causado por un cataclismo submarino á la altura de Portugal, que envió una gran onda oceánica nada menos que hasta Irlanda), catástrofe que costó solamente cincuenta mil vidas.

Es oportuno decir en este lugar de nuestro artículo que no siempre el fenómeno sísmico que hace más destrucción es el que debe colocarse entre los mayores temblores de tierra. Evidentemente, un terremoto que ocurre en sitio muy habitado será más imponente que el que tenga por centro las estepas de Siberia ó las

llanuras de Méjico. Esto no quiere decir que este terremoto de Italia no haya sido de primera magnitud entre dichos fenómenos.

Estos terremotos de primera magnitud se llaman **perturbaciones megaseísmicas**. En cerca de ochenta observatorios esparcidos por el mundo, en Africa, Australia, Canadá, Ceylán, Egipto, las islas del Pacífico, la India, Japón, Nueva Zelanda, Norte y Sur de América, y en todos los países europeos, hay seismómetros y seismógrafos, aparatos registradores de temblores de tierra. Los más importantes seismogramas trazados por estos aparatos se envían desde todo el mundo al Observatorio Central de Shide, en la isla de Wight, que dirige Mr. John Milne. Cada seismograma da la fecha en que fué hecho, el tiempo medio del meridiano de Greenwich para el principio del movimiento y su cesación. Comparando estos datos, puede calcularse el sitio de origen del fenómeno. Por ejemplo, si la sacudida alcanza al Observatorio de París antes que al de Berlín, evidentemente la onda perturbadora va de Oeste á Este, y se originó al Oeste de París. Si los seismogramas llegan de otras varias estaciones, Este, Oeste, Norte ó Sur, entonces, comparando las horas en que las ondas perturbadoras llegaron á esas estaciones, puede determinarse con gran exactitud el lugar de origen de la onda. Los impulsos que nacen en los centros de terremotos poderosos y que se propagan á grandes distancias, veinte mil kilómetros, verbigracia, marchan á la velocidad de 2,500 á 3,000 metros por segundo. Las primeras sacudidas de terremotos muy distantes son seguidas por contrasacudidas, que en algunos casos parecen tener cierta semejanza con las ondulaciones que se repiten y reflejan cuando una piedra es arrojada á un estanque y las ondulaciones resultantes alcanzan a los extremos.

Estas observaciones de los puntos de origen de los terremotos han sido hechas y rectificadas continuamente desde 1889. El primer resultado de ellas fué facilitar los seismólogos de doce grandes áreas elípticas, en cuya extensión nacen los terremotos.

Existen en estas áreas regiones que pudiéramos llamar típicas del terremoto, sin que sea preciso entrar en mediciones para determinarlo así. Por ejemplo, el territorio de Alaska, donde la Montaña Elias se eleva á una altura de 18,000 piés y donde el agua tiene 7,000 piés de profundidad a cien kilómetros de la costa, región que ofrece en junto un desnivel de 25,000 piés en 320 kilómetros; están asimismo en esas circunstancias las cordilleras montañosas próximas á las grandes profundidades oceánicas, la región antillana donde se hallan situadas Martinica y Jamaica, la región de Las Cordilleras, el distrito de Los Andes, su continuación, el distrito japonés, el de Java, el área mauritana, tres distritos submarinos semejantes en el Noreste, Noroeste y Norte del Atlántico respectivamente, dos distritos antárticos y un gran distrito terrestre que abarca todas las montañas de los Himalayas, el Cáucaso, los Balkanes, los Alpes y los Apeninos, en uno de cuyos ángulos está situada Calabria.

Justifica la verdad de nuestro aserto el hecho de que, desde el referido año 1899, han ocurrido en estas áreas nada menos

que cuatrocientos cincuenta y dos temblores de tierra, registrándose el mayor número en 1906 con setenta y seis temblores, y el menor en 1904 con veintiocho.

En cuanto á la dirección de los terremotos, es un hecho completamente cierto que mayor número de estos siguen hacia el Oeste, ó sea contra el movimiento de la Tierra, que hacia el Este, siendo la marcha Sur, á través del Ecuador, más corta que la del Este.

Causas de los terremotos

Es este un punto, lector, en que no existe teoría alguna completamente satisfactoria; pero la trágica naturaleza del terremoto italiano ha hecho que la atención pública se fije nuevamente en la cuestión de los temblores de tierra y sus causas. Messina y Reggio se encuentran en regiones bien conocidas por su inestabilidad. Las dos ciudades se hallan en los Apeninos, separadas una de otra por un canal casi sin profundidad en su punto más estrecho, pero cuyo fondo llega hasta alcanzar trescientos sesenta metros en uno y otro lado. La posición es evidentemente de importancia y de actividad volcánica. El Etna y las islas Lipari se encuentran en constante actividad, y al Sur de Pantellaria se hallan los restos de un volcán extinguido. La razón inmediata de un terremoto es una fractura de la corteza terrestre; esta es la explicación comúnmente aceptada. La causa de esta fractura es ya cuestión más difícil.

En este punto, una de las explicaciones que se dan del colapso terrestre, explicación que es muy popular, es la que compara á la Tierra con una manzana arrugada: cuando el centro se enfria, se supone que se contrae y se recoge separándose de la corteza, con lo que se da lugar á los movimientos productivos de los terremotos. No satisface esta explicación, porque no sabemos que la Tierra se encoja (probablemente no se encojará), y aunque así lo fuera no sería de manera que diera lugar á tamañas violencias.

Otra opinión, muy sencilla y quizá la más antigua de las conocidas porque procede del tiempo de la antigua Grecia, es la que supone que el agua del mar, como la de los grandes lagos ó deltas de los ríos caudalosos, penetra por las rocas de la superficie y se abre camino hasta las rocas hundidas al fondo, que muy probablemente se encuentran á treinta millas de profundidad de dicha superficie. Pero esta teoría cuenta entre sus impugnadores eminentes hombres de ciencia, siendo uno el doctor T. J. See, el cual dice que, hallándose, como se halla, agujereada la corteza terrestre por todas partes, el agua absorbida por la capilaridad de las rocas forma vastas masas de vapor, que desaparecen por aquellos agujeros exactamente lo mismo que las explosiones producidas por las energías expansivas del vapor. Y á esto es debido, afirma el doctor See, que todos los terremotos se produzcan cerca del mar ó cerca del agua.

Otra teoría que tiene sus defensores es la del arte arquitectónico, y se refiere sencillamente á la conocida máxima que afirma que **el arco jamás descansa**. Quieren significar los arquitectos con ella que cuando se construye una torre sobre un arco, este se encuentra constantemente en estado de tensión. El tiempo, los acciden-

tes, pueden siempre producir un colapso. Tampoco esta teoría puede admitirse, porque es sabido que la Tierra se encuentra en perpetuo estado de tensión, toda vez que los pesos de sus partes no están bien compensados. El peso de la Tierra en conjunto es proporcionalmente mucho mayor que el de las rocas de la superficie; su rigidez es también mayor que la de cualquiera de los estratos geológicos que conocemos. Por esto, hay siempre una tendencia á la compensación ó reajuste de sus partes, reajuste que obedece á bien distintas causas: las elevaciones terrestres continentales están siempre separándose con su peso hacia el mar, bajo la acción de los vientos, olas, corrientes y ríos; y hasta el mismo fondo del mar cambia constantemente de nivel.

Una adición de bastante importancia para las nuevas ideas que explican los terremotos en los últimos años debe ser la concepción del profesor E. G. Harboe, el cual asegura que el foco de un temblor de tierra no se restringe ya á un punto en tamaño, sino que se ramifica con un grado variable de violencia inicial sobre próximamente el total del área sísmica.

Otra opinión importante es la del conde de Montessus. Este señor ha tomado nota de 171,434 sacudidas, y un examen detallado de este vasto número de terremotos le obliga á afirmar, de manera concluyente, la independencia de los terremotos y los volcanes. También sostiene que los terremotos son más numerosos allí donde el relieve de la superficie presenta los accidentes más escarpados y más prolongados. El examen seismográfico de los temblores de tierra ha demostrado que las ondas lanzadas por ellos atraviesan una corteza de cerca de 360 metros y también penetran por la Tierra, abriéndose camino por ella, de tal manera que hace suponer que esta debe poseer una fortaleza superior en el doble á la rigidez del acero.

Y el ya citado profesor Milne, sabio geógrafo y meteorólogo que hoy regenta el Observatorio de Shide, en la isla de Wight, valiéndose del indubitado hecho de que todas las grandes áreas de territorio en que se originan los terremotos, se encuentran en la vecindad de elevadas montañas y de grandes profundidades oceánicas al propio tiempo, dice: "Así como bajo una presión muy grande, el hierro, y aún el acero frío, pueden hacer correr como melaza, de la misma manera, bajo el peso aplastante de los estratos apilados en las grandes montañas, las rocas subterráneas adquieren un estado glutinoso y semejante á melaza, en cuya inseguridad de base existe siempre una probabilidad que hace producir el colapso. Si hay una falta ó hendidura en los estratos próximos, se verifica entonces en esa línea de debilidad una presión excesiva que da lugar á un desequilibrio, á un estallido, al terremoto".

Muchos de estos defectos y líneas de debilidad á que alude el profesor Milne existen en Calabria, donde en el año 1873 tuvo lugar uno de los más grandes terremotos históricos y donde en 1905 se registró una destructora sacudida terrestre. Messina, que ahora llora tanta desgracia y desolación, está cerca de esos sitios defectuosos, y la línea de su costa también ha sufrido anteriormente alteraciones de aquella índole. ¿Tendrá razón el profesor Milne?...

